

# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII

San José, Costa Rica

1931

Sábado 12 de Setiembre

Núm. 10

Año XIII. No. 554

## SUMARIO

Gabriela Mistral . . . . .	<i>Roberto Brenes Mesén</i>	Descubierta la jugada de políticos y capitalistas contra	
A propósito de Bolívar . . . . .	<i>Manuel Sáenz Cordero</i>	Cuba . . . . .	<i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>
El viaje conmovedor de Gandhi . . . . .	<i>Juan del Camino</i>	Provincia: . . . . .	<i>F. Amighetti</i>
Un Tagore de Nueva York . . . . .	<i>Gabriela Mistral</i>	Mi tristeza . . . . .	<i>Max Jiménez</i>
El sistema de Plotino . . . . .	<i>Persiles</i>		
Poemas . . . . .	<i>Gabriela Mistral</i>		

Cuenta Myrtis, en el bello único poema que dió fresco verdor de mirtos a su nombre, que al silvano santuario erigido en honor de Eunosto no podían aproximarse las mujeres; pues que una de ellas, Ocna, poseída de vengativa decepción, calumniosa, ante sus hermanos acusó a su amado, el inocente Eunosto. Ellos le dieron muerte y huyeron al destierro. Ocna, desde un acantilado se precipitó al olvido. Mas para castigo a su memorial prohibióse a las mujeres la entrada al bosque y al santuario consagrados al mancebo.

Sacros campos así existieron en todas las edades y en todas las civilizaciones. Lugares santos, circunvalados presbiterios adonde no fué dado a las mujeres penetrar. Pero no menos santos, y sí más misteriosos, aquellos bosques de la ventosa Tebas, y del Atica, y de la Sicilia legendaria dedicados a la fértil Démeter. Selvas que se embrujaban al paso procesional de las bacantes, quienes, desgarrando el cuerpo de Penteo, enseñaron a los hombres a renunciar a conocer el escondido femenino encanto del mundo. De suerte que los hombres sólo han visto de la belleza de Isis lo que manos de mujer temeraria descubrieron.

Al aparecer de Gabriela Mistral hubo pasmo, reverente entusiasmo oyendo aquellos sus gritos envueltos en llamas. Tenían algo de heroica profanación, de hechizante sortilegio. Porque era acto de mujer exaltada al frenesí de las proféticas bacantes, como Eurípedes nos las dejó mirar.

Cuando en *Los Sonetos de la Muerte* leí:

*Arráncalo, Señor, a esas manos fatales  
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!*

*Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor.*

sentí que por la vida de esta mujer había cruzado el aliento del alma de la fantástica Medea. Era el mismo incendio de amor y de venganza.

Venida de la Cólquida a vivir con su marido entre los griegos, aquella alma-tempestad que fué Medea, al descubrir que su amante Jasón casará con la hija de Creonte, rey de Corinto, derrama sobre su pensamiento el filtro de venenos destilados

## Gabriela Mistral

= De Nosotros. Buenos Aires. =



Gabriela Mistral

en su celoso corazón. Luego decanta su mente emponzoñada sobre su rival, y sobre sus propios hijos, para verter larga y corrosiva agonía en el alma de Jasón. Él también, como el amado de la Mistral había "jurado", debía morir. Sólo que la muerte de Jasón fué de moral, envenenada angustia. El otro "se vació las sienes".

En las dos hace el atigrado crimen el mismo asalto de muerte. De virtuosas yerbas y de verbales encantamientos destiló Medea la poción de su venganza. La Mistral maceró su dolor en la redoma, llena de lágrimas, de sus celos para destilar aquellos mortales deseos que invisiblemente condujeron al amado al altar de los suplicios donde él mismo se infligió la final interrogación de su vida.

Quedó en la Mistral el amargo deleite de su medeica venganza. De su corazón manó dolor. Pero ésta es también la época de su consorcio con el genio. Porque ha habido en la vida de la Mistral áureos instantes de genio que nos hicieron pensar en la revelación de un mundo que sólo una mujer hubiera podido desentrañar del seno de lo Desconocido. Esos extraños miste-

rios del mundo femenino parecieron acordarse un momento en el alféizar de la ventana que da a la luz del día donde los hombres experimentan su encanto sin las más de las veces penetrar su esencia.

Cada uno de sus poemas, allá por el año 1912, cuando solían venir a mis manos en alguna que otra revista, se iluminaba en mi conciencia como exhalación en noche de estío. Había en ellos versos de inexplicable sortilegio, como de necromántico poder evocativo, que traía a nuestra vida emociones de un mundo no frecuentado sino en los sueños.

Traté en vano de sustraerme al influjo de la emoción que algunos de aquellos poemas inducían en mi ánimo. Logré descubrir que existía en ellos una recóndita fosforescencia que les venía de muy hondo, de una mar atormentada rompiéndose en espumas contra todos los arrecifes interiores, rara vez a flor de agua. Cuando leí su *Extasis* la fresca y bella imagen de Safo se me vino a la memoria, pues el verso de la chilena "la carne en que rodaron sus palabras" me trajo las de la de Lesbos: "en un instante un delicado fuego rueda por mi carne, núblanse mis ojos y zumban mis oídos". Una expresión semejante para una misma emoción de amor en otra mujer apasionada.

Mi alejamiento de centros hispánicos me impidió conocer más de una docena de poemas de la Mistral, hasta 1922, cuando el Instituto de las Españas dió a la estampa *Desolación*. Este es el único volumen de ella que conozco.

Es él como una fértil flor, con una simiente de inmortalidad en el centro de una música de pétalos caducos, a pesar de los reflejos de belleza que los colora.

En casi todos los poemas de *Dolor* hay un olor de corazón en brasas. Se siente aquí que las ascuas del genio han traspasado el entendimiento y las carnes de esta mujer. Hay aquí palabras que, a manera de mágicas urnas, contienen aguas estigias en cuya luna dos seres humanos miraron su destino. La inspiración, desgarrando veladuras de ancestrales prejuicios, dió a su alma el atrevimiento que se requería pa-

ra decir cuanto en ella se agitaba como ella lo sentía, sin impetrar el beneplácito de señoriales tradiciones. La Gabriela Mistral que oyó el Continente Americano con asombro está aquí en esta sección de su libro. En las demás flamea un singular talento literario, no ya el genio, que había quemado las ataduras que le ligaban a la tierra, y como el liberado Ariel de la *Tempestad*, a otra esfera habíase remontado para no volver sino al tardío conjuro de sus recuerdos.

Aura de inspiración se cierne sobre toda la obra, si bien es desigual. Y cuando ella falta no puede planear a buena altura. La inspirada careció de refinamiento artístico, y, en este sentido, la Mistral es continuadora de las voluspas setentrionales, de las sibilas de la vieja Italia y de las pitonisas de Helas. Siente, penetra, intuye, adivina, habla rítmicamente, a ratos obscuramente, quizás cuando la inspiración es más honda o terrible. Mas si no viene coronada de mántica yedra ni lleva en sus manos el nártex, sus poemas no son los de aquella Gabriela evocadora del embrujado mundo medioeval que se dilata por los confines de su *Dolor*.

Parecía, o habría podido parecer, que todo estaba dicho respecto del corazón humano; que cuanto nos podría ocurrir era situar almas humanas enfrente de diversos horizontes o en más apasionados climas. Pero se yergue esta mujer con la obsesión de la muerte y se hace de carne, ante nuestros ojos, un estado de conciencia característico de la Edad Media.

Hundir sus dedos en la ceniza de la tumba para santiguarse la frente, tal fué su diaria devoción cuando la atormentaba el genio de su dolor. La fuerza de su genio—en las horas más lúcidas de su inspiración—la compelió a medioevalizar cuanto caía dentro de la esfera de su vida. Aquí está la raíz de su macabro realismo—que no adquirió por un exceso de cultura medioeval, sino mediante su educación cristiana de repintada coloración ascética.

La obsesión de la muerte y el remordimiento de conciencia, que es como el resquemor de la venganza, son la esencia de los poemas de *Dolor* en que señorea su genio.

En *Palabras serenas* la poetisa revela que se ha dado cuenta del fin de su inspiración mántica, que el frenesí de la Ménade se ha apaciguado ya:

*Mudemos por el verso sonriente  
aquel listado de sangre con hiel.*

Ay! este verso listado de sangre arrancaba de una inspiración fúlgea; era el decirlo la misión de su genio de mujer. Pero ella sintió que no podía continuar toda su existencia hurgando heridas que iba sanando la vida. Sin embargo, ya estaba lanzada en pleno campo de las letras. Ahora el esfuerzo es evidente. Es casi el mismo vocabulario; pero aquí las lágrimas tienen menos sal, la sangre menos color, menos crucifixión la cruz y menos terror la muerte. Hay en ese vaso como una leve trizadura que

amortiguó la melodía de su cristal. Aquella voz, única en el Continente, por su timbre, por la intensidad de la emoción, asumió los tonos de otras voces reminiscentes. La unicidad cesó de ser. Como la fuente de Aretusa se escondió en la sombra de la tierra. ¡Que nos fuese dado verla surgir algún otro día con su cantar antiguo, con los ricos minerales de otras y más hondas vetas exploradas en el misterio de la vida! Aunque quién sabe si cada uno de nosotros ha venido al mundo para trazar un solo signo o pronunciar una sola voz en el vasto drama del mundo en movimiento! Pero es bien moderar este afán de no vivir agradecidos por lo que el instante genial nos da, y no exijamos que se vacíe todo el Océano en las solitarias conchas que madreperlan las playas.

2. Si tratase de explicarme la estructura interna de su realismo, hartamente aparente en las más de las poesías de Gabriela, partiría de los poemas contenidos en *Dolor*, donde el realismo es de tan virtuosa magia que nos lleva de las alas el pensamiento a los campos ennochecidos de misterio donde las hechiceras solían espigar sus empoñadas flores, o a los osarios fosforescentes donde aquéllas disputaban a hienas y chacales los humanos ingredientes de tesálicos filtros durante toda aquella titilante aurora que fué la Edad Media. De allí saldría en busca de los poemas donde ese realismo ha perdido su pristina virtud mágica, preservando, sin embargo, alguno que otro luminoso efluvio de una radioactividad inducida, para venir a amortiguarse en las composiciones que son labor de inteligencia más que de inspiración o de emoción, como la primera con que se abre el volumen.

Y como su genio se alzó del seno de un amor, vuelto un puñado de cenizas las visiones de la muerte en bandada se percharon en sus poemas.

En Gabriela, como en muchos otros seres, dormitaba el genio. Un amor desdichado, por obra de su imaginación, o por mano del infortunio,—que es evidente heraldo de sabiduría—subiósele a la cámara recóndita de la vida, y allí despertó a su genio. A mano halló atesoradas, como en museo de antigüedades, las reliquias medioevales que a su contacto se animaron. Las había guardado allí las oraciones de su niñez, las lecturas hogareñas de sobriedad ascética, la *Imitación de Cristo*, los viejos devocionarios donde, como en la *Leyenda Dorada*, florecen las espinas, esplenden clavos y lanzas, azulean los azotes, desgajan las cruces y con elocuencia de sangre hablan de un infinito amor las llagas. Allí estaban, además, los quebrantos, las heridas, los cilicios, los tormentos, huesos y cenizas, y lágrimas y polvo, los martirios y las lágrimas. Y con este sencillo horror creó la Mistral toda su obra de genio, y dando transparencia a su carne dejó al descubierto su apasionada alma de mujer.

No es copioso el caudal de su pensa-

miento, el enjambre de sus palabras en breve colmena sabe alojarse, mas, electrizadas por el fuego inspirado adquieren una cierta potestad de hechizo: emoción e ideas parecen surgir de estas nuevas combinaciones de vocablos vivos. Tampoco es abundante la variedad de sus temas. Pero ha encontrado acordes que son suyos dentro de los temas eternos de la Poesía: el amor y la muerte, los panoramas de la naturaleza y los amados fantasmas de la memoria, los éxtasis—que son las fugas de la prisión del Ahora en que se suele vivir hacia el mundo que en secreto adoramos o con que soñamos.

El ascetismo—intelectual más que emotivo—de su adolescencia y de su primera juventud le permitió trasvinar a pleno siglo veinte aquel macabro realismo de la Edad Media que se deleitó en la contemplación angustiada de la muerte.

Ella ve las carnes en gajos abiertos, las venas vaciadas en ríos, dedos desgranados como las mieses, roces de cilicio, amasijo de sangre y lágrimas, tribulaciones, angustias, vestidos de llagas, rosas sangrientas.

Este mortal realismo medioeval permitió acusar ese su cogente relieve de *Dolor* que la enlaza a los escritores y pintores españoles de la gran tradición siglodorada. Como aquí:

*Si te vas y mueres lejos,  
tendrás la mano ahuecada  
diez años bajo tierra  
para recibir mis lágrimas,  
sintiendo como te tiemblan  
las carnes atribuladas,  
¡hasta que te espolvoreen  
mis huesos sobre la cara!*

donde el realismo culmina en hechiceresca fantasía, al modo de un Arcipreste acorbachado o de una milagrosa Celestina.

A las veces su realismo ascético trasmite un humor oloroso a pesimismo, por falta de una espiritualidad profunda nacida de una visión interna. Lo que en las horas de su *Dolor* gritó desesperada, no a pesimismo, a desesperación suena. El tósigo que se trasvierte de su vaso de arcilla tiene todo el acre sabor humano, pero le agracia la fragancia que su genio ha derramado en él. En otras secciones de su libro la desesperación edulcorada se transforma en pesimismo. Al acto de creación no fué invitado el genio.

Mas su realismo es de clásica cepa española. Me inclino a creer que le germinó temprano en la vida, al sol y al riego de sus oraciones. ¿Acaso no viste austera bayeta en Luis de Granada? ¿No arde acaso con cilicial eficacia en Santa Teresa? Pues de la misma estrofa es el martirizante corpiño que vistió el alma de esta mujer durante el período de su *Dolor*, que fué el de su genial inspiración. Lazarillo, Rinconete, Celestina y la Lozana, seguidos de las humildes criaturas de Velázquez, se nos vienen a los ojos al cruzar junto a nosotros la romería de mistralianas estrofas, que portan, como las canéforas de Eleusis,

cestos de flores y de frutas sobre sus cabezas gentiles o suspendidas de sus brazos besados del sol.

Y es realismo medioeval. El tema de la muerte es la breve melodía en el volumen *Desolación*. Mas no aquel tema de la muerte que hacía decir a Manrique: "Este mundo es el camino—para el otro, que es morada—sin pesar.—" Porque aquí la muerte es corto tránsito entre los dos mundos. Ni aquel otro de las baladas de Villon en donde el refrán sugiere la cristalina fragilidad de las cosas de los hombres: "*Mais où sont les neiges d'antan!*" "*Mais où est le preux Charlemagne!*"

Para la Mistral, allá donde su poesía tiene los más hondos acentos de trágico lirismo, la muerte es la fosa, los diez palmos de tierra, el puñado de ceniza, dedos que se desgranán, huesos que se espolvorean. Es lo macabro de Baudoin de Condé en *Les trois morts et les trois vifs* o del mismo Villon en la *Balada de los ahorcados*:

*Quant de la chair, que trop avons nourrie,  
Elle est pieca devorée et pourrie,  
Et nous, les os, devenons cendre et poudre.*

*La pluie nous a debuez et lavez,  
Et le soleil desséchez et noirciz;  
Pies, corbeaulx, nous ont les yeux cavez,  
Et arrachez la barbe et les sourcilz.*

No es la gracia juvenil de Thánatos, hijo de la Noche; no es la fortaleza de la muerte como Adrasteia, la Inevitable, que seda y que consuela todos los dolores. Esto sería como un aroma furtivo de los jardines del paganismo. Y nada está más distante de ellos que el ábrego austero que del Africa trajo en su vuelo el Cristianismo de Agustín, conservado en los terrores mortales de ciertos rincones de la Edad Media, trasuntados en la obra de la Mistral.

Aquí, como durante el espanto del milenio, flota ubícua la obsesión de la muerte. Con emoción perturbadora, con relieve de sepulcrales esculturas culmina la mayor altura de su genio en las grávidas estancias de *Éxtasis*, *Íntima*, *Dios lo quiere*, *Coplas* y otras más de *Dolor*. Y la sombra de la obsesión se proyecta sobre muchos más de los poemas del libro. Pero a menudo es ya sólo una sombra. Se oye casi el mismo son de laudes, pero se ha escapado de su melodía el ritmo del corazón que hacía sobrecogerse nuestras almas. Se ha intelectualizado el motivo. Es ya talento literario lo que fué genio otrora. El tema de la muerte prelude toda la *Desolación*. Es el *Pensador de Rodin*. La Mistral ha visto que el Pensador se acuerda que es carne de la huesa . . . carne que odia la muerte . . . El "de morir tenemos" pasa sobre su frente. ". . . Y no hay árbol torcido—de sol en la llanura, ni león de flanco herido,—crispados como este hombre que medita en la muerte". En la estatua no hay una sola línea que sugiera el tema. La escritora le traía esta vez en la mente, no en el corazón, como en *Íntima*, *Interrogaciones* o *La Obsesión*. En estas composiciones la emoción

es demasiado profunda para no arrastrarnos tras sí. Zigzaguea la fulguración del genio. Asentimos, no hay otra alternativa. Pero no ocurre lo mismo con el soneto *El Pensador de Rodin*, porque aquí el tema es exclusivamente intelectual. Sin vacilación prorrumpen nuestras objeciones. Aquí ya no existe la violencia del genio que subyuga. Y preguntamos: ¿Por esa frente estrecha pudieran alguna vez galopar en tropel los pensamientos? ¿Son esos los miembros del pensador o los del obrero? Ese hombre musculoso representa el mundo de los seres humanos que habían venido por siglos trabajando las obras del pensamiento de otros y ahora, por la primera vez, descubre que él puede pensar, que dentro de sí existe un creador. La conciencia de su fuerza íntima impone el reposo a sus nervios y sus músculos. El pensador de Rodin señala una hora, una etapa de la conciencia humana. No, no es éste el monje contemplativo ante las vacías cuencas de una calavera. Es el despertar de las clases trabajadoras calladas, arrebañadas hasta entonces y cuya voz comenzara a oírse clamorosa en el momento en que el escultor titán infiltró su soplo de eternidad en la arcilla. Asume el rostro de este obrero una nueva majestad: ha sentido en la maravillosa caverna de su cráneo el primer divino relámpago del don de Prometeo.

Discutimos porque el tema es puramente intelectual. Y lo es, además, de una inteligencia masculina. Ni la emoción, ni la intuición de la mujer agobian este pequeño sauce sin nido.

El segundo poema del libro es *La Cruz de Bistolfi*. Una fugitiva gasa azul ha caído sobre el último verso y vela el realismo cruento del asunto.

*De toda sangre humana fresco está tu madero,  
y sobre ti yo aspiro las llagas de mi padre,  
y en el clavo de ensueño que lo llagó, me muero.*

De esa aspiración y de ese clavo de ensueño cuelga el ideal que vierte la dudosa vislumbre de su gracia sobre esa alusión a la herencia. Por lo demás su realismo duro y escueto está allí en ese madero, en las llagas y la sangre. Con más poética verdad y no menos belleza habría podido evocar la cruz de marfiles de la cual viajan prendidas nuestras carnes. Pero entonces la sed de realismo que la embargaba no se habría sentido satisfecha. Y tal es el antiguo monacal realismo. Entre los diálogos y decires de Buda hay más de un pasaje de ese estilo, particularmente en el titulado *El único sendero*: Los monjes consideran en el osario los cuerpos devorados por las bestias de la noche y de la muerte, y Buda les invita a reflexionar acerca de ese su mismo destino.

Una concepción semejante hay en el capítulo *La noche suprema* de APHRODITA de Louys:

Con espantosa lucidez tuvo (Crysis) la visión de su cadáver y deslizó las manos sobre su cuerpo

para compenetrarse mejor de la idea de que dentro de sí llevaba su esqueleto, que no era resultado de la muerte . . . sino un algo que viaja con nosotros, un espectro inseparable de la forma humana y que la armadura de la vida es ya el símbolo del sepulcro. (P. Louys: *Aphrodite*, Liv. V. Chap. I, La Nuit Supreme.)

Las ideas corren paralelamente, Pero lo que en el francés aparece como una aspiración de expresión artística de una verdad, es en la chilena imperiosa necesidad de realismo, sin el cual esa misma verdad surgiría a sus ojos pálida, esfumándose e inabible. De allí el recurso a su inquisitorial vocabulario: ". . . pero era—solo tu garfio vivo y tu leño desnudo— . . . y nunca descendimos de tu apretado nudo". Y aquel madero fresco de sangre humana, y las llagas, y el llanto, y la agonía en el último verso, todo el conjunto es como una aparición de alucinado en una antigua sala del Santo Oficio. Es el cruel naturalismo del *Cristo* de Mateo Grünwald que tan terriblemente describió Huysmans en las primeras páginas de *La Bas*. Ni se desvanece aquella escena tan fácilmente. Porque en el siguiente poema *Al oído del Cristo*, "del Cristo, el de las carnes abiertas", el segundo cuarteto del último soneto contiene esta enumeración:

*¡Garfios, hierros, zarpas, que sus carne hienden  
tal como se hienden quemadas gavillas:  
llamas que a su gajo caduco se prenden,  
llamas de suplicio: argollas, cuchillas!*

Es precisamente el punto de vista medioeval: la regeneración por el suplicio, la inquisitorial concepción de la rectitud obtenida por el dolor. No por la revelación de la belleza, por la realización de la dicha o por la visión de las cosas excelsas de la vida. Que este camino también existe! Y si por su infortunio la poetisa tomó el sombreado por los árboles que sangran como en el bosque de la *Eneida*, que así mismo atravesó el Dante, está justificada para afirmar la excelencia de su vía. Mas la otra es igualmente eficaz.

Pero la mente de Gabriela vuelve al dolor, al padecer, al tormento, como si un viento de borrasca hubiese bañado de escombros y de lágrimas el mundo. Mas cuando como en los trigales de su bella tierra irrumpe la amapola de un poema de amor, o de maternal ternura, entonces se halla más próxima de la genial Gabriela de *Dolor* Así en *El niño solo* o *A la Virgen de la Colina*. A las veces su sed de realismo le permite la imagen gráfica, anzuelada, como un garfio de acero: "la invariable pregunta lívida—con que arañó la oscuridad". "Yo muerdo un verso de locura—en cada tarde, muerto el sol". Otras veces la visión de un mundo de ensueño, a la manera de Blake, se incorpora ante nosotros: "Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso,—largamente abrevaba sus tigres el dolor". Imaginación de vidente, capaz de dar materialidad al ensueño de un mundo si la estimula una emoción honda. No así cuando por deliberación elige un tema

literario, como le acontece en *Ruth*. El tema es hebreo, pero le faltan al poema el color y la abundancia de las imágenes de la poesía que maduró el sol de Siria.

Con la sola excepción de aquellas dos líneas: "Eran sus barbas dos sendas de flores,—su ojo dulzura, reposo el semblante"—el resto no sugiere trigales diversos de los de Chile. En cambio su expresión *lecho baldío* es sugestivamente afortunada. La escena ocurre en los campos de Booz, cerca de Betlehem. Ruth ha venido de Moab a la Judea. Está en su plenitud la cosecha de las *cebas*—como Cipriano de Varela lo dice en su clásica lengua—pero uno se pregunta por qué la poetisa para dar el color local ha echado mano de un sol *caldeo* cuando la verdad geográfica es igualmente poética, o más aún, pues que ha podido decir un sol de Siria o un sol hebreo, a fin de no asociar dos tan distantes regiones como la Caldea y la Palestina en este idilio que se desenvuelve en un breve campo hacia el sur de Jerusalem.

En *Booz dormido*, Víctor Hugo, que agobió de esplendores el mismo tema, se permitió aún crear un nombre geográfico, Jerimadeth, y estaba en su derecho. El poeta no pretendió historiar sino crear un ideal idilio oriental. Quizás si el sol *caldeo* de la Mistral sólo intentó sugerir lo *cálido* o *caldeante* de aquel sol de Siria. Sería entonces del crítico el error.

Hay una verdad trascendente que no es la exactitud. Es como la verdad del principio, diferente de la exactitud del fenómeno concreto. Hay la verdad del artista y del filósofo que no es la exactitud del químico, la verdad integral de la naturaleza que no es la precisión decimal del matemático. La exactitud del fotógrafo no es la verdad inspirada del artista, la cual suele ser más verdad por su eternidad y su belleza que todas las meticulosas y versátiles aproximaciones de la ciencia. Mas si no se halla en juego una de esas revelaciones del vidente que justifican cualquier violencia hecha a la historia, entonces la exactitud puede añadir una cuarta hoja al trébol.

Pero de polvo, y de ceniza, y de lágrimas amasó el perdurable encanto de su obra de genio. En alguna que otra antología quizás sobrevivan sus temas literarios. No así los poemas que surgieron de su corazón de Medea, porque ellos vinieron al mundo ya preparados con el bálsamo que confiere larga duración. En este volumen les ha comprendido en la sección que llamó *Dolor*.

Evidente es para mí que otros poemas de su colección se compusieron en aquel período de divina borrasca, y a ratos me ha parecido descubrir en ellos la misma significativa uñada. Sin embargo, carecen del mérito que exalta los que integran aquella sección.

Es algo más que su realismo visionario lo que les instila ese elixir de larga vida que para mí representa su genio: es su corazón, es su intuición de mujer, es su valor

para expresar su apasionado sentimiento en una lengua no permitida a la mujer de nuestra raza en nuestro continente. En España la Condesa de Pardo Bazán se permitió el uso de aquella lengua que también hablaban la Celestina, la Garduña o la Lozana. Pero lo hizo de una manera más objetiva, al modo de Zola, para describir un naturalismo sensual que no era suyo, sino de sus criaturas. La Mistral, por el contrario, exprime sus propias emociones de un realismo limpio y sano, por más que deje comprender la intensidad de su pasión. Las muchas poetisas americanas del siglo diecinueve hablaban de sus amores como a la sombra de las alas de los ángeles. La Mistral desde *El encuentro* se turba, se asombra y *tiene su cara con lágrimas*, lo que es ya la ominosa intuición de su destino. Después del encuentro desde que le vio cruzar su *Dios la vistió de llagas* y le reveló su genio. Desde entonces toda ella es un campo de amor y de combate. Su lucha contra el amor es de hoja contra el viento. Sólo tiene un posible éxito: todo su ser aposento será del amor, y cuando el amante le tiende su "brazo cálido" no sabe ella rehusarlo y sigue sus pasos, a sabiendas de que ello parará en morir. Ante él es ella el surtidor inerte, a causa de su "callar atribulado, más atroz que el entrar en la muerte". Calla de plenitud, de trágica plenitud que estallará en un instante de *Éxtasis*, cuando la oracular Voluspa pronunciará las fatídicas palabras del destino que será como una disolución de sangre en lágrimas. Y se arrodilla sumisa, ante los dos amantes, la hora de la *Intimidación*, y la enamorada, que no cesa de ser sibila, ruégale al amigo que no oprima sus manos, que no la bese la boca ni la toque, y encuentra no sé en qué yacimiento de su corazón trabajado por los gnomos de su genio que "el amor—es lo que está en el beso, y no es el labio,—lo que rompe la voz, y no es el pecho:—¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome—el gajo de las carnes, volandero!"

La invisible trascendente realidad del amor de tal manera ha florecido en este poema que no he logrado nunca leerle sin experimentar la profunda emoción de belleza que le inspiró. A través del macabro realismo que constituye el tema flota una melodía de espiritual encanto. Marcelina Desbordes Valmore, con su apasionada fragancia de azahar vuelve a mí en esta poesía sutil de la postrera estrofa, así como retorna en tantos otros detalles de la primera juventud y de la desolación de la Mistral. La hechicera Marcelina, de cabellera como un sol, que no sabía darse sino fundiendo su destino en el corazón de quien amaba, también fué traicionada por aquel hombre que maravilló su vida, infiltrándole con el amor el divino fuego del genio con que riela en el cielo de las letras de Francia. Ella también, como la Mistral, calló, perdió la voz, al solo escuchar el nombre de quien entrañaba todo el dolor de su hado:

*Ton nom m'en avertit par un trouble imprévu:  
Ton ame s'y cachait pour éveiller la mienne.  
Je l'entendis un jour et je perdis la voix;*

*Je vois le Purgatoire au fond de ma paleur.*

Como el de la Mistral, éste no es el encuentro de los ojos, sino el de los corazones. La sensibilidad femenina, exaltándose, móntase como una perla en la luz de un presentimiento. Se anuncia su corazón un fontanar de lágrimas, en cuyos gránulos de sal hay ya un sabor de tragedia.

La diferencia entre estas dos almas que el amoroso infortunio ensalza a la altura del genio es que la Mistral conoció el vengativo filtro de Medea y Marcelina, la que dijo:

*Prends ce coeur, prends ton bien. L'amante qui  
l'adore*

*N'eut jamais a t'offrir, hélas! an autre don;*

*Mais en le déchirant, tu peux y lire encore*

*Ton pardon.*

Oh! Marcelina en el Eliseo puede flotar del brazo de los bellísimos fantasmas de Antígona y de Cordelia.

Allí se detiene la semejanza entre estas dos mujeres en quienes el amor despertó el genio. Ambas fueron enmuradas en el mismo huerto de los suplicios. La Mistral se rebeló desesperada y, vivo el traidor, le persiguió lanzando tras sus huellas los no-cherniegos buhos de sus pensamientos vengativos; muerto el infiel, de hinojos recitó el *Ruego al Señor* para que perdonase al malvado su traición. Marcelina, como los ruseñores privados de la vista, se remontó entonando más dulcemente la inagotable ternura de sus cantos. Su genio había descubierto una arpa eolia en su alma. La Mistral, no sé si tentada por los encantos de la gloria, escalando los muros de su huerto, lanzóse al mundo, no sin dejar en aquél su genio, como se planta un sauce junto a una tumba. Lo que ahora mostrará al Continente es un buen talento literario. Conservo, sin embargo, fe en su credo: "Creo en mi corazón siempre vertido, pero nunca vaciado", porque fué la revelación de su estética nativa. Si bien es verdad que el genio tiene veleidades lunáticas, y suele no conceder más sus citas a quien alguna vez le fue desleal.

Pero cuán magnífico vuelo de imaginación exaltada se despliega en *Dios lo quiere*. Hay aquí el vago misterioso acento de las ceremonias de aquellarre, se oyen como apagándose los ecos de aquellas maldiciones de campesino en la Europa medioeval o en la colonial América; murmulla el embrujamiento de las antiguas baladas, la magia de los romances al tenor de aquel del *Conde Arnaldos*. La muerte no acaba con la forma ni embota la sensibilidad del cuerpo: así la mano estará ahuecada durante diez años para recibir sus lágrimas, las carnes del muerto temblarán hasta que los huesos de la amante le sean espolvoreados sobre la cara. ¡Conjurios de hechicería! El muerto queda a discreción de la amante hechicera, hasta que él haya apurado las heces de su poción de angustia.

**CRISOL**

Revista de Crítica

Director

JUAN DE DIOS BOJÓRQUEZ

Suscripción anual . . . . . \$ 2.00

Apartado 1979. México. D. F.

Es una extraña supervivencia de la carne más allá de las puertas del cementerio, pero siempre del lado de acá de la vida. ¡Cómo recuerda esto la edad de los vampiros!

Por su *Nocturno*, por su *La espera inútil*, cuya última estrofa recuerda aquel fantástico cuento de la Pardo Bazán, *El hijo del muerto*, por toda esta provincia enamorada sopla el poderoso mistral de su genio. En *Coplas* canta: "Tengo una vergüenza—de vivir de este modo cobarde.—Ni voy en tu busca—ni consigo tampoco olvidarte". Y ese canto que repite en la última estancia me trae a la memoria aquel otro genio de la lengua inglesa, Laurence Hope, cuya alma procelosa ardió con todo el fuego y todos los aromas de la India, hasta el instante en que, muerto el adorado, como una viuda del Oriente—en donde vivía—listó la tumba del bien amado con el bullente riachuelo de su sangre. Pero Adela Florence, el verdadero nombre de Laurence Hope, conservó intacta hasta su muerte la maravillosa flor de su genio permaneciendo fiel a su destino, consciente de que la revelación de su alma de mujer era la misión de su genio sobre la tierra. Mudanza no hubo en ella, y sus tres libros de poemas son tres jardines de milagrosas plantas consagradas a Kama, a Eros, al Amor, tres nombres para el solo dios de su alma de mujer.

Eso, el dejar ver desnuda el alma en sus horas de pasión y de dolor, es lo que dió a Laurence y a Marcelina el supremo hechizo de su poesía. Eso fué lo que produjo aquel entusiasmo por la obra de la Mistral cuando, a través del Continente, con alas de laurel, volaban sus poesías apasionadas.

Tal era el elemento nuevo que aportaba la escritora a las letras de Hispano América: una alma tempestuosa de mujer desnudándose ante el mundo. Un mundo que ya no recordaba las nectarias estancias de las poetisas que escribían sus volátiles amores sobre inconsútiles pétalos de lirio. Era lo sustancialmente humano en su alma de mujer lo que seducía. El frenesí, el mánico extravió que le permitía prever su destino de lágrimas al primer encuentro del que junto a ella pasó cantando. Por encima de las muchedumbres se levantaba su hermosa cabeza de ménade coronada de hojas de encina.

Es verdad que sus voces sonaban con la entonación de conjuros cristianos, mas su virtud hechiceresca conservaba aún el antiguo acento de las encantadoras de Tesalia, a quienes la tradición quiere que Medea instruyera.

Su dolor, su angustia, su tortura vestían el traje del Santo Oficio y hablaban el lenguaje del ascetismo medioeval, pero le venían la pasión de amor y la locura de su vengativo afán de los sedimentos eozoicos de su ser. La Mistral había trascendido la medida ordinaria de la mujer; parecía venir de las orillas del gran río de la vida con un cántaro de profundidad en su pensamiento.

Por su obra más bella cruza una aura de

pesimismo. Nada lo justifica, porque quien sufre no tiene derecho al pesimismo. La sensibilidad que se returece en el dolor es la que se extasía en el deleite.

La dicha, como la concibió la Mistral, era cosa fugitiva, no ya por la experiencia de la fugacidad de todo cuanto tiene alas de ventura, de amor o de gloria, sino porque no habiendo el desdichado conocido antes la fortuna, esta hora de felicidad le hace dudar de cuanto tiene.

Los temas del dolor, del amor y de la muerte transparentan la luz de su genio. En los más de los otros sujetos, cuando al desenvolverlos recordó su profesión de maestra, se siente como rota una de las dos alas de ese su genio. Con la otra tan sólo rema y no se alza a buena altura.

Falta el omnipotente soplo espiritual en *Poemas de las madres*, en donde con la excepción de tres o cuatro toques de serena y bella luz, se destaca únicamente el breviarario de una fisiología de la maternidad, como si tal fuese la mayor y más trascendente maravilla del augusto misterio de la vida que se opera en la joven madre. Y afeó el poema inconsideradamente su misma autora con una nota explicativa al pie. Allí consta que la poetisa se sintió movida por un impulso de rehabilitación, es decir un propósito ajeno a la poesía mántica mejor avenida con la naturaleza de su genio, y puso en evidencia que sólo de un modo vicario había vivido el misterio de Lucina, la diosa de la luz, y de Levana, la que da el señorío de la tierra al hombre recién venido al mundo.

Para la poetisa—al explicar sus poemas—la santidad de la vida comienza en la maternidad. Y como aquí ya no porta la apolínea férula en la mano el crítico responde: no, la santidad de la vida principia con el origen de la vida, o con el florecer del amor, que generó la vida.

Cuando el fulgor de la inspiración se vierte en el alma del poeta cuantas bellas cosas dice esplenden con los orientes de la verdad que desciende de la altura. Como el artista, el crítico se deja penetrar por esa fuerza irrestistible, y es ésta, en la balanza de su juicio, el ¡ay de los vencidos! que la inclina en favor del inspirado. Cuando no, el crítico, recuperando su visión serena, juzga.

En toda la obra poética de la Mistral puede el crítico percibir que no sobresale el refinamiento artístico, que los recursos de la cultura literaria, histórica o filosófica aquí no prestan su concurso para impartir variedad a las concepciones de la escritora. Pero es esto mismo lo que nos da la medida

de la magnética fuerza del genio allí presente. Con un breve puñado de ideas en peregrinación de *vía crucis*, con penuriosa romería de vocablos el genio de esta mujer se elaboró una de las más bellas fiestas de América. Una fiesta en severo homenaje a Nuestra Señora de la Muerte y de las Lágrimas. Mientras mejor oyó la Mistral los acordes profundos de su ánima agitada por su sexo más dádivas recibió del genio. La poesía es más poesía cuando el poeta se abandona al divino influjo de su inspiración. Influjo que se cierne en torno de las palabras, dotándolas de un encanto que no yace en la célula central de su sentido; es algo así como esa película de niebla azul que apenas si se posa en la piel de las ciruelas y las uvas no tocadas por la codicia de mano alguna.

La Mistral impuso perspectivas de inmensidad a su exiguo léxico ahondando en la emoción: que asentándose sobre cráteres de volcanes hácese profundos los pequeños lagos. Algunos de sus poemas preludian ese conocimiento—que sólo el arte alcanza—de las cosas sutiles que están más allá de las cosas, como suspendidas de las divinas Ideas.

En esos poemas de *Dolor* ella hizo bellas las cosas tristes, maravillosas la que suelen los hombres mirar con horror o no querer mirar del todo. Sus visiones tienen la pasmosa realidad de los ensueños. Allí dejó congelados, para durar con la tenacidad de los cristales del cuarzo americano, sus mejores instantes de genio: emociones extraídas de una honda veta de algún arcaico farallón del alma humana. Nadie en nuestra América—que yo sepa, al menos,—había dado forma poética a esas emociones, a esas visiones, antes que ella. Aun parecióme a veces que en el vello de su nuca ha debido sentir esa mujer el soplo extraño de su genio tutelar al descender a su alma para desatar de ella las imágenes amadas y hacerlas pasar por entre las maquinarias torturantes de una Edad Media conventual y ascética.

¿En qué momento la deidad tutelar se retiró de su santuario? En este mismo libro *Desolación* hay no pocos trabajos en que es obvio que declinó su colaboración el genio.

Su poder de evocar la emoción, su pasional realismo, su nigromántica inventiva fueron helándose hasta cristalizar en ese intelectualismo, un tanto varonil, que se declara en sus escritos de los últimos años. Artículos en que se revela una simpática frecuentación de los escritores de Hispano América, un excelente espíritu de confraternidad continental en el que se percibe el balsámico olor del bosque de pinos en donde no ha mucho tiempo todavía hubo un incendio de resinas. Siente uno la ausencia del vigor del estilo de *Dolor*.

Y del arco del estilo parten todas las flechas apolíneas que dan su luz y su belleza al arte literario.

Roberto Brenes Mesén

Northwestern University.

Hágase de *Desolación*. Precio: \$ 5.00.  
Con el Administrador del Rep. Am.

## A propósito de Bolívar

= Palabras dichas por el Lic. Manuel Sáenz Cordero, en la fiesta celebrada por el Gimnasio Moderno en homenaje al Libertador, en ocasión del centenario de su muerte.—Envío del autor.=

Las inteligencias de América, por el origen o la residencia, ya sean del Norte o del Sur, y cualesquiera que sean sus capacidades intelectuales, debieran dedicar unas horas todos los días a conocer a fondo la biografía del padre de la Independencia Americana, y a meditar en la vida ejemplar de aquella gloriosa y extraordinaria existencia, que el 17 de diciembre de este año cumplió el primer centenario de haber pasado a la inmortalidad.

El nombre de Bolívar no sólo llena uno de los capítulos más interesantes de la historia de América, sino que en las altas cumbres, donde reposan *los genios humanos*, difícilmente hay otro que lo supere, habida cuenta del escenario y las circunstancias en que se movió.

Por suerte para todos, la oportunidad para esa meditación se hace hoy posible, y en todo caso se facilita mucho, gracias a la paciente obra de sus biógrafos que viven la cotidiana tarea, difícil e inconclusa aún, de acumular los documentos para su historia, de reunir sus hechos, de explicar sus móviles y pensamientos, de compilar sus escritos; en una palabra, de perfilar su fisonomía, de modelarla y enseñarla en toda su extraordinaria grandeza; y gracias también a la crítica de la historia que con sus prodigiosas síntesis, auna los acontecimientos a los hombres y explica así las causas internas o externas de sus grandes determinaciones, de sus hechos heroicos, de sus errores y, acaso, de sus milagros. La figura épica de Bolívar, execrada un día, se crece todos a la par del continente que fué escenario y objetivo de sus heroicas hazañas, y otro día ha de llegar en que la devoción *uniforme* de los americanos y de muchos que no lo son, la enaltezca hasta los dominios de la divinidad, donde hay un pedestal desocupado para su prodigiosa figura.

Porque con Bolívar nada ni nadie que sea humano soporta ventajosamente la comparación; o, para decirlo con más propiedad, si defectos tuvo, fueron defectos inherentes a su raza y a su tiempo, de los cuales es un exuberante exponente. Todo en él tiene los perfiles de lo sobresaliente, de lo extraordinario, de lo providencial.

Pasemos por alto los detalles del nacimiento y de la infancia del Libertador: sábese que era hijo de una familia distinguida y acaudalada de Caracas; que muy joven perdió a sus padres y quedó

bajo la tutela de unos tíos suyos inteligentes y extremosos. A los 16 años fué enviado a España donde conoció a María Teresa Toro, con quien contrajo matrimonio poco después (1802), y regresó a Caracas. A los 10 meses de matrimonio quedó viudo, y ésta fué indudablemente la causa que determinó su segundo viaje a España y, acaso, su gira por el resto de Europa, donde conoció a Napoleón y a Humbolt. Éste le ponderó la grandeza y riqueza del continente que iba a ser teatro de sus grandes hazañas. Asistió a la coronación de

Bonaparte (1804), quien más tarde fué su aliado contra España; lo conoció, pero no lo envidió, puesto que más tarde desprecia la corona de Emperador que se le ofrece, permaneciendo fiel a sus ideales republicanos. "La miré, dice él mismo, como una cosa despreciable y de moda gótica". Conoció al futuro rey de España, Fernando VII, a quien debía más tarde arrebatar sus colonias de América. Visitó Alemania, Italia y Austria. Todos conocemos su juramento del Monte Sacro (1805), que si no estuviera confirmado por el estilo y la elocuencia de sus proclamas y su Delirio en el Chimborazo, bien podría dudarse de su exacta paternidad. Es lo cierto que en 1806, a la edad de 23 años, regresó a Caracas a cumplir la promesa hecha ante las ruinas de Trajano.

\* \* \*

Lancemos una mirada retrospectiva:

La aurora del 1º de enero de 1800, sorprendió a Bolívar en España cuando sólo tenía 17 años. Napoleón tenía ya 31, y Washington había muerto (1799). Fernando VII tenía 16, San Martín 22, Páez 10, Sucre 5, Miranda 48, Morillo 23, Belgrano 30, O'Higgins 24, Flores no había nacido (1801-1864). Don Andrés Bello, su maestro, era 2 años mayor que él, y don Simón Rodríguez, su bondadoso preceptor, era también relativamente joven. Finalmente, Santander, que más tarde fué Presidente de Colombia, sólo tenía 8 años. Citamos estos pocos nombres entre muchos notables, contemporáneos suyos, por la intervención que tuvieron en su vida, y porque es lo cierto que a todas esas gentes, célebres por una u otra razón, las conoció personalmente y las que no fueron sus aliados, fueron sus enemigos.

Durante los primeros 25 años del siglo pasado, es decir, de 1800 a 1825, la guerra ardió en todas partes. Fué primero en Europa como consecuencia de la Revolución Francesa que culminó con la exaltación al poder de Napoleón, guerras éstas que abarcaron el triángulo Moscou, Madrid, Egipto; después fué en América en el triángulo México, Argentina, Chile. Se peleaba, sin embargo, en cada triángulo por distintos motivos; era la época de las independencias en América, de los planes federativos en Europa. Napoleón luchaba por éstos, Bolívar por aquellas. Así, mientras Bonaparte perseguía en Europa la corona

### Juan, el hombre

= Envío del autor =

*En el bronce de Juan, el humilde soldado de la pequeña patria, los jóvenes costarricenses tienen un símbolo iluminador de su propio destino. La hazaña militar, admirable en sí misma, pudo ser pasajera. Mas, el gesto varonil es eterno. Será eterno mientras en el alma diáfana del joven patriota se reflejen lealmente los destellos de la antorcha de Juan, el soldado.*

*La antorcha, encendida y en alto, fue en su hora la condenación de todos los peligros que prosperan por la debilidad y flaqueza de los pueblos. Pero también esta estrella roja de la llanura, es un perpetuo llamamiento a la voluntad del hombre costarricense, a su determinación y a la victoria. En todas nuestras vidas, hay estos momentos definitivos que definen nuestro destino. La antorcha de Juan es la aurora de las almas... Su sacrificio, su impulso heroico, su gloria, no habrían podido ser nunca una leyenda. Son una verdad. La verdad del héroe, surgiendo de las profundidades luminosas del ser humilde; la verdad del hombre, cuando sordo a sus egoísmos, se dignifica en el respeto de su propio sentido; la verdad de un pueblo, pequeño, sencillo y modesto, pero a quien sirve para vivir en la libertad y en la paz activa, el culto de una tempestad de fuego purificador.*

*La hoguera está encendida y viva, como en los viejos cultos del fuego, para templar el alma de las juventudes patricias, para recordar los triunfos conquistados y para orientar el espíritu público. La guerra en que Juan se hizo grande, no la olvidaremos. Ella será cada vez más el poema de nuestra historia casi infantil. Allí está el baluarte agreste, asaltado en un resplandeciente delirio de pasión por los orgullos de la tierra nativa; allí está la llanura sembrada de las huellas de la legión ansiosa; allí está el cielo propicio como una corona de esperanzas incitadoras; allí está la herida como una flor mágica y el grito del soldado, como el canto solemne de la victoria. No olvidaremos la guerra. Pero Juan, no es sólo la guerra; es nuestra vida: levantarse del surco y vigilar el horizonte; poner al hijo risueño en los brazos de la madre y coger el escudo; transformar la paz santa del campo en ira noble; contar con la complicidad del mar para estar pronto en el campo de los sacrificios y con la complicidad del firmamento, para obtener un triunfo; ser infantil en el afecto, en la piedad, en el servicio, en el culto de todos los bienes y hacer salir de nuestro interior, como de un alcázar, la figura majestuosa de un hombre. Tener una patria y cuidarla y convertirla en el asilo de todos los hombres buenos del mundo. Eso es Juan, el bueno. La vida de Juan es como el rayo y la estrella.*

R ó m u l o T o v a r

de Emperador, Bolívar como se dijo antes, la despreciaba en América por el título de Libertador. Genios eran ambos que luchando por ideales distintos, se auxiliaron complementándose en la guerra contra España.

Concretándonos al triángulo americano, conviene hacer observar que en este cuarto de siglo la revolución ardía simultáneamente desde México hasta Buenos Aires. Era una consecuencia mediata de los enciclopedistas y de la Revolución Francesa; pero también del ejemplo dado por los Estados Unidos que después de 8 años de luchas (1775-1783) consolidaron su independencia, que fué proclamada en 1776. Hidalgo, Morelos, Itúrbide y Guerrero en México; Miranda, Bolívar, Páez, Sucre, Flores y otros en Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia; San Martín en Argentina (1817) O'Higgins en Chile; Artigas en Uruguay, recogían en 1810, la herencia revolucionaria que germinaba en todas partes, lanzada por unos pocos, acariciada por muchos y consagrada por los privilegiados. ¿Cuántos pensadores y soldados desconocidos fueron héroes y precursores de la independencia americana! La historia no ha tenido para la mayoría de estos patricios anónimos, ni una lápida común que perpetúe ante la posteridad, sus ideales, sus sacrificios ni sus heroísmos; que no basta ser iluminado por la luz de los escogidos, sino también que la oportunidad y el genio les señale el camino de la inmortalidad.

De todos modos, es la verdad histórica que entre las grandes figuras de la independencia americana, sin excluir a Washington, cuya grandeza no tenemos interés en achicar, no hay una que tenga el relieve firme de Bolívar, ni que reuna, como en un ramillete, todas sus excelsas virtudes y sus más características condiciones personales.

La trayectoria de este soldado de la libertad en su primera etapa, ya la hemos dicho antes. En la segunda, es de suyo conocida para repetirla en detalle. El 5 de julio de 1811 y después de varias intentonas revolucionarias fracasadas, el General Miranda, veterano de las guerras de Francia, y muerto después como prisionero en Cádiz, y Bolívar como subalterno de aquél, proclamaron idealmente la independencia de Venezuela. Vencida la revolución, Bolívar ofrece sus servicios a la revolución de Colombia, iniciada en Cartagena en 1810, operando como jefe en el Departamento del Magdalena. Con soldados y recursos de Colombia vuelve a Venezuela, adonde lo espera otro fracaso. Regresa de nuevo a Colombia, de donde emigra en 1816 a Jamaica y a Haití, desde donde incursiona frecuentemente, ayudado por Petión, sobre su país natal, hasta que por último consolida la revolución en el Orinoco (1818) y derrota a los españoles. Es entonces que se dirige, una vez más, hacia Colombia, (a quien el General Morillo dominaba desde 1815, cuando ya Fernando VII había sido restablecido en el trono) y con un pie de fuerza respetable, al cual se le había agre-

gado la legión extranjera compuesta de oficiales ingleses y franceses, se enfrenta a los españoles. Así como Aníbal, y Napoleón pasaron los Alpes, Bolívar pasó los Andes (1819) realizando así una hazaña digna de un capítulo por separado. Los españoles lo esperaron en Boyacá, pero Bolívar los derrotó fácilmente, abriéndose paso hacia Santa Fe de Bogotá. En estas condiciones propicias, vuelve a Caracas, reúne el Congreso de Cumaná (1821) y proclama la República de la Gran Colombia, el mismo año de la independencia de Costa Rica. Morillo que flaquea, concierta con Bolívar un armisticio de seis meses, durante el cual Morillo es llamado a Madrid. Pasado el armisticio, empeña Bolívar una acción decisiva contra las fuerzas del General La Torre, sustituto de Morillo, a quien derrota en los gloriosos campos de Carabobo (1821).

Al año siguiente se dirige a Quito; los españoles lo esperan en Juanambá, Bomboná y Pichincha (1822), donde Sucre se distingue extraordinariamente, y les infiere una seria derrota. Es entonces que el Libertador sube al Chimborazo y escribe su famoso *Delirio*; y es entonces también que Bolívar, el Libertador del Norte, y San Martín, el Libertador del Sur, se encuentran en Guayaquil (1822). San Martín, que había contribuido eficazmente a la libertad de Chile, después de pasar como Bolívar los Andes, (1817) improvisó una flota y se dirigió al Perú: los españoles se reconcentraron en la parte alta del país, o sea hacia el Alto Perú, hoy Bolivia, y San Martín dueño de la costa, pudo proclamar transitoriamente la independencia de aquel virreinato (28 de julio de 1821) y continuar su gira para El Ecuador, que Bolívar había libertado después de la batalla de Pichincha, anexándolo a la Gran Colombia. Es lo cierto que San Martín regresó de Guayaquil al Sur y que Bolívar se dirigió, en cambio, al Alto Perú en busca del ejército español. La cuestión se decidió, desde luego, en dos jornadas épicas: Junín y Ayacucho (1824). Perú y Bolivia quedaron libertadas en estas memorables batallas del Libertador, quien desde luego entró triunfante en el territorio que lleva su nombre, del cual fué proclamado Presidente, y Sucre, Vice-Presidente. Por demás está decir que el cargo no lo aceptó sino obligada y transitoriamente, pues su presencia en Bogotá era reclamada con urgencia.

En efecto, Bolívar volvió, a Colombia en 1826. En enero de 1830, ya cansado y enfermo, renunció la presidencia de Colombia, poco después del criminal asalto de que fué víctima, y fué a morir pobre, aborrecido y desilusionado, a una hacienda de Santa Marta, llamada San Pedro Alejandrino, propiedad de un español amigo suyo. El Gran Libertador de Sur América murió en estas condiciones a la una de la tarde del 17 de diciembre de 1830.

¿En qué consiste la extraordinaria grandeza de Bolívar? Porque hay que tomar en cuenta que como Libertador y soldado, también los hubo en México, Argentina, Chile y Cuba y como gobernante, como orador, como organizador, América ha producido, por lo menos, talentos quizá iguales.

La grandeza de Bolívar está en que, como ninguno otro, reunió en sí en forma integral, todos los dones de la naturaleza, y todos ellos los puso con gran dignidad, al servicio de un ideal generoso y humano.

La grandeza de Bolívar consiste en que, antes como ahora, y por muchos siglos fué, es y será, el paladín de las aspiraciones irrealizadas aún del alma americana. De otra parte, la atracción que la personalidad de Bolívar ejerce, la simpatía inmediata que despierta, consiste en que fué, es y será siempre el exponente típico de su raza, con los vicios y virtudes peculiares a ella. Lo que Washington es para Norte América, lo es él para la América del Sur. Del genio práctico del primero se vanaglorian los suyos, del idealismo del segundo nos vanagloriamos nosotros. Washington sólo pudo ser Presidente de los Estados Unidos. Él no pensó en independizar a México. Bolívar en cambio lo fué de Venezuela, de Colombia, de Ecuador, de Perú y de Bolivia, como pudo serlo de México, Chile y Uruguay. En todas partes estaba entre los suyos, porque a todos les dió el brillo de su espada, los fulgores de su inteligencia y los dones de su gran corazón.

La grandeza de Bolívar consiste en la fidelidad a sus ideales. Cuando asistió a la coronación de Bonaparte, le pareció aquello una cosa despreciable y de moda gótica, y cuando en la plenitud de su popularidad y de su fuerza, se le ofreció la Corona de Emperador de los Andes, pensó lo mismo. Su gran ideal era la República, y con la independencia de la nación, la independencia del hombre; por eso solía repetir: "Jamás seré el conquistador de una sola aldea".

La grandeza de Bolívar consiste en su mirada de águila para leer en el futuro de América los peligros que la acechaban. Fué visionario para buscar la unidad política de los pueblos de la Gran Colombia, y formar con ellos una República fuerte y respetable frente a la República del Norte, cuyo porvenir previó. Su proyecto magnífico que cristaliza el Congreso de Panamá, (1826) lo está ratificando, y los hechos confirmándolo.

Bolívar fué grande porque siendo superior a su siglo, fué sin embargo extraordinariamente humano. Para él la amistad era un culto. Como todo hombre bien nacido, fué fiel, grato y consecuente con sus camaradas, y hasta puede decirse extremoso con ellos. El intenso dolor que revelan sus cartas y proclamas, ya sea en el caso de la muerte del General Piar, de Girardot o de Sucre, está revelando un corazón en extremo sensible, pero al mismo tiempo heroico.

(Pasa a la página 158)

## Estampas

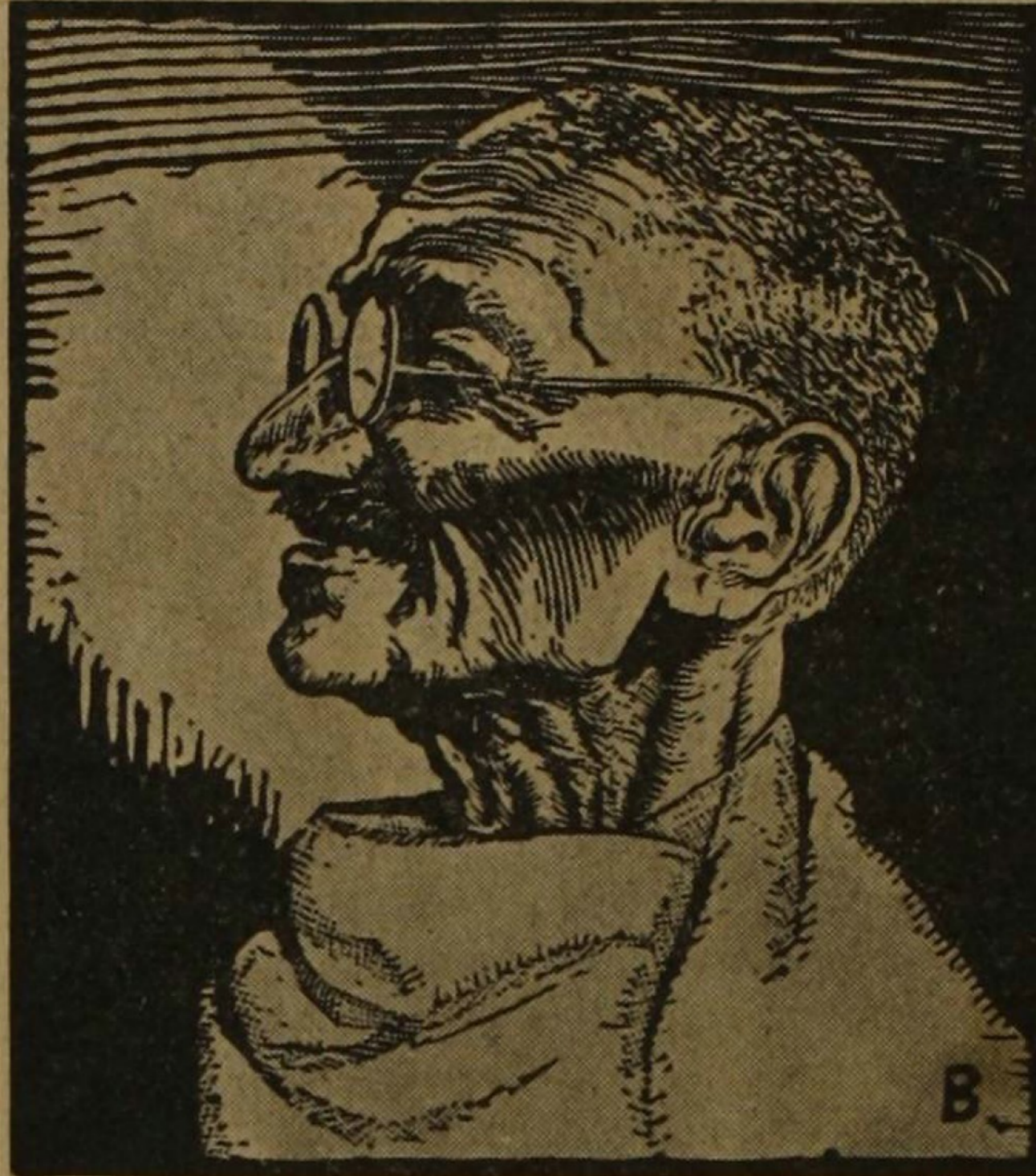
### El viaje conmovedor de Gandhi

#### Cómo viaja Gandhi y cómo viajan los magnates aliados del Imperio

— Colaboración directa —

El viajero que desee ver una raza en la cual la miseria secular ha hecho su obra ruinoso, busca a pocas millas de este puerto el grupo de chozas regadas en la margen izquierda del río. Son chozas de los coolíes que emigraron hace muchos años de la India. En ellas viven, frente al mar, que es decir en presencia de una gran voz de liberación. Pero no es voz que ellos escuchen, ni necesiten tampoco. ¿Qué ansia de libertad ha de existir en esa gente desmedrada que llena el corazón de piedad? Mas, estamos aventurando juicios, o al menos dándoles una severidad peligrosa. Nos impresionan esos trasplantados de la India por mínimos, por miserables. Porque los vemos ordeñar la cabra, o cuidar las gallinas, o subir ágiles al árbol de coco, o recoger leña, o embriagarse, o andar con las ropas raídas, porque los vemos en ese mundo pequeño, nos parece que son gente de una raza en ruinas. ¿No son acaso iguales a los millones de seres que siguen la voz formidable de Gandhi? No han disminuído su condición humana al sentirse desarraigados de su suelo. De allá vinieron tal como el viajero curioso puede verlos en sus chozas de grande y conmovedora pobreza. El Imperio Británico no ha hecho nada con su civilización. Esta realidad ha puesto en el alma de Gandhi la aspiración de libertar a su pueblo.

Sabe Gandhi lo que es darle la vida a una aspiración. Todos los abismos abren su atracción. Y porque lo sabe es que no deja cubrirse de artificios su vida. La necesita limpia para que el vuelo sea liviano, para que el paso sea firme. Le da el Imperio sitio distinguido en las conferencias de la Tabla Redonda, y él, que no va a servir al imperio sino a su pueblo oprimido, no varía un ápice su sencillez. Se embarca como pasajero de tercera clase, es decir de la clase última, y no lleva consigo más que dos cabras regalo de un amigo, un torno de hilar y una manta delgada de lino. ¿Y hacia qué sitio se encamina con tanta pobreza? Va a Londres, a las propias fauces del Imperio. Está en lucha por la aspiración de dar libertad a la India y esa lucha es grande y formidable. En el mismo barco viajan los nativos aliados del Imperio, en camarotes de cinco mil dólares (Gandhi pagó por el sitio de cubierta cien dólares nada más). Son los príncipes millonarios a fuerza de iniquidades, de explotación despiadada del pueblo. Son los terratenientes, los comerciantes, los industriales. Son los pilares del Imperio que ayudan para que se les ayude. Va Gandhi en su mismo barco y para el mismo sitio, pero no con igual designio. Comerán



(Forum, New York.)

Madera de Lowell Balcon.

en el festín de la opulencia británica y dormirán al calor de esa misma opulencia. Gandhi en cambio beberá la leche de sus dos cabras y comerá higos y dátiles. Si hay frío y viento cogerá abrigo con su manta de lino. Jugarán al cricket o al tennis y también a las cartas que se llevan fortunas. Fumarán y se emborracharán. Gandhi hará su misma vida. El sol de cada día lo encontrará en oración. El torno de hilar hilará cinco horas diarias, movido por las manos de Gandhi el lino que su pueblo cultiva. Y un día de cada semana, el lunes, meditará. Leerá las únicas páginas que lleva, el ensayo sobre la *Desobediencia civil* del norteamericano Thoreau.



(Forum, New York.)

Madera de Lowell Balcon.

¿Qué diferencia tan profunda entre los pasajeros de un mismo barco! Gandhi, que no va a pactar la entrega de

su pueblo, viaja llevando consigo la pobreza y el dolor de ese pueblo. El Imperio quiere atarle su libertad y le ofrece un gran camarote. No lo acepta. Sobre la cubierta del barco acude más pura la meditación que un negocio tan grande como el de la redención de la India necesita para triunfar. Los nativos aliados del Imperio pueden sumirse en un mundo de pompa y vanidad, porque son gente sin conexión ninguna con el pueblo. El Imperio les asegura sus riquezas. Por eso lo defienden y acatan el gobierno que se les impone. Por eso ayudan a que ese gobierno imperializante haga dura e invencible la esclavitud y el dominio. No hay de seguro, aliados más eficaces de un dominio fiero y grande que la casta de los potentados. Pierde esa casta todo sentimiento de amor por la patria limpia y decorosa. Y es una pérdida que se refleja en desprecio por todo lo que signifique defensa de los pueblos. El Imperio lo sabe y se sirve de ella como azote. Cuando el nativo se descasta para sentir por su raza un sentimiento de odio, constituye la figura más repugnante y peligrosa. Él mismo considera su vida en un plano más adelantado que aquel en que sus connacionales están. Clama entonces por la civilización del extranjero que es la que puede redimir a su pueblo. Y en ese clamor maldito vive desahogado y hoy entrega una cosa y mañana otra, hasta dar en la esclavitud con una nación. Siempre simula amor por la patria, pero es todo teatralaría y desvergüenza. Esos clamores son nada más que la trampa para asaltar posiciones desde las cuales esté en capacidad legal para pactar la entrega de su país. Y lo terrible, lo monstruoso, es la facilidad con que se imponen los descastados y señorean su perfidia en los gobiernos. Acaban de hacer una pillería de las que llevan a presidio, de las que detestan el repudio mayor, y los gobiernos los acogen y les dan poder.

Gandhi no es de los que sirven a las fuerzas de esclavitud de su pueblo. ¿Cómo conmueve su partida y hace mirar en él una de las vidas de grandeza eterna. Parece el corazón de su pueblo. Parece realmente el Cristo. Para enfrentarse al Imperio en sus propias fauces, sale de la India como uno de los millones de seres que en ella discurren una existencia triste y miserable. No va a representar a la opulencia, sino al pauperismo. ¿Y cuán inmenso es en la India! Gandhi lo conoce. ¿Hay en el mundo un pueblo más explotado que el indio?

(Pasa a la página 157.)



## Un Tagore de Nueva York

= De La Nación. Buenos Aires. =

Tagore ha llegado mal de salud. Tagore se encuentra enfermo de gravedad en Boston. Tagore viene de convaleciente a Nueva York, para hacer una exposición de cuadros.

Yo había leído esto en la prensa norteamericana y no pensaba acercarme a él, a pesar del cariño —de los cariños— que le tengo: cariño de su literatura y de su pedagogía de cera y miel, de sus muchos poemas y de su única escuela.

Pero yo pasaré el día de Acción de Gracias (27 de noviembre) entre la familia Migel, y precisamente Parmenia Migel está encargada de su exposición. Acabado el almuerzo sencillo y ritual, ella me convida a acompañarle en su visita cotidiana al maestro.

Yo me acuerdo de aquella cara rendida, y rehusó; yo le veo aquel cuerpo que da un periódico, que camina derrengadito, y digo otra excusa; a la tercera tentación, yo acepto villanamente como cualquier otra . . . Con la hipocresía de algunos "compasivos", explico a mi amiga que no preguntaré nada y que me conformaré con mirarlo.

Tagore está alojado en un apartamento elegante que le ha cedido una amiga norteamericana, y recibe en la biblioteca espaciosa y clara, de muros cargados de libros, muebles profundos y mesas llenas de chucherías mundiales. La dueña de casa viaja mucho y acarrea primores que vuelca en este cuarto.

Un escultor hace ni mal ni bien, un busto del poeta. El modelo está sentado a disgusto suyo sobre la consabida tarima, como un pájaro mecánico al que se hace volver el cuello a cada momento, cambiar de lado y probar las luces.

Después que se ha cansado de posturas, baja la tarima, y yo veo venir la personita menuda, casi femenina, más viejecita que viejo, con el paso de lana de sus zapatillas, que llega a sentarse en el sofá donde nosotros estamos. Más pequeño parece por la bata que da anchura a la espalda mínima, más por el ovillamiento de su cuerpo en el diván, más por lo dobladito que se pone para oír a Miss Migel que le habla del mal negocio de su exposición.

No se ve tan acabado como está un europeo a los setenta años. La varonía se le olvida al verle caminar y al sentarse, pero no cuando se le mira a los ojos, ellos sí fuertes de su ardencia.

Me acuerdo yo recibéndole esta mirada viril, de sus traducciones. Las españolas de la señora Jiménez dan en demasía la dulzura tagoreana, y anegan en cierta melaza la fuerza ardiente; las traducciones



El Tagore

francesas dan las dos cosas, un jugo de la uva que estando dulce, ya embriaga un poco; la traducción inglesa dicen que es el poeta entero. Lo traducen como le retratan, con el designio de hacerlo Buda más Cristo, porque las gentes quieren que él sea eso y no lo demás. ¡Lástima de falsificaciones!

Como quien le ensaya máscaras, yo le pongo y le quito las fotografías y los dibujos que conozco, desde los de sus mocedades de príncipe corporal y político, hasta su última vejez que estoy viendo. Todos le vienen . . . y no le vienen. Las canas son más luminosas que en otra cabeza, unas bellas canas lustrosas, que parecen aceitadas, o mejor, azogadas. Las arrugas se borran en la piel oscura que es la que mejor las disimula; el cráneo es más delicado de lo que se lo apuntan, más ligero en los pómulos; la nariz es la más bella que haya respirado, en un aguileño tierno de águila de un mes; la barba, que el escultor la explota abusivamente, es lo menos mosaico del mundo,

corta y aireada, apenas un vapor de labio abajo; una piel del moreno mejor, no marroquí ni mongólica, ni indígena, es decir, no negra, ni amarillenta, ni verdosa, sino del canela árabe-español.

Lo que ningún retrato me había dado, lo que vengo a saber mirándole, es la ironía constante del rostro y que le nada como una pajita de oro en la dulzura de la mirada, estorbándose como una pajueta, que le arrisca en lo bajo la mejilla, le baña la boca y se le pierde en la barba . . . Con ella recibe, con ella sustenta y despide al visitante, y lo desorienta en el primer momento. ¿Por qué no había de tener al cabo su ironía, a pesar de sus sermones pedagógicos, o a consecuencia de ellos mismos? Muchas cosas grotescas y desparramadas ha visto él en su mundo hindú-británico del Asia, muchas otras del occidente que camina de malas ganas. Como el hindú se proyecta a sí mismo mejor que el blanco, él debe estar mirándose en este momento sentado en una sala de Nueva York, enfrente de aquel retrato de una dama antigua con sombrero de copa y de otro retrato de niño lechosamente rubio, que le han puesto como sucesor de los prietitos de Sankenitan. Otros orientales además de él han criado ironías, como Omar Kayyam, como el Kahlil Gibran que me conversó ayer, como el Salomón, abuelo de ambos.

Lástima grande que esta sonrisa que le forma una doble cara aérea no vaya a quedar fijada en ninguna parte, por culpa de fotógrafos y pintores. Ellos no piensan sino en sacarle a los cartones

actitudes y dejos evangélicos, y se las ajustan, para acomodar su rostro todo lo posible a la aureola mesiánica, que le han fundido Sankenitán y el Premio Nobel por iguales partes.

Él sigue hablando a mi amiga casi en un cuchicheo, doblándose hacia ella, sobre el mal negocio de su exposición, y entre noticia y noticia, ella va pasando los libros que le han dado y que él firma con una legítima paciencia budista y con una indiferencia dulce, igual a la de su cara. La mano chiquita hace el garabato largo y embrollado de la firma, y se queda después picando en su bata, hasta coger el otro libro. No tiene prisa y si acabara más pronto, caerían otros libros y retratos que firmar; mejor es que no se afane . . .

Cuando quito los ojos de él, recorro a su gente. Lo mejor del corro es el director del Museo Hindú de Boston, que ha venido a dejarle un admirable mestizo de indostánico e inglesa que lo mira con pena.

—He venido a despedirle y creo que es la última vez que le veo.

La ironía de Tagore que crepita en la sala, me punza a mi también, y le contesto . . .

—Pero Uds. cuentan con todas las reencarnaciones que quieren para encontrarse . . .

Los demás visitantes son los que Tagore se soporta en todas partes: señoras mecenescas que adonde llega toman esta preciosa nuez maltratada, bajo su guarda; orientalistas de diferentes edades y encontrados climas místicos; ociosos internacionales que lo leen como prueban los tés de la China; agentes de publicidad que le agradecen la túnica y la bata, con lo cual se compone una estampa espléndida de primera página de magazine.

¿Qué anda haciendo Tagore, de Calcuta a Plymouth, de allí a Nueva York, y de aquí a Argentina? ¿Qué anda traqueteando con sus setenta años que le piden más que los treinta la estera hindú, con estos huesos que le muelen los trenes, con toda esta nacionalidad inalienable de su cuerpo asiático, que padece el comer y el beber en mesas más o menos bárbaras?

—Anda y andará, me explica Miss Migel, buscando redondear el millón de dólares que le pide la dotación perpetua de Sankenitán. Cuatrocientos mil van recogidos y tendrá que viajar diez años aún, si Dios se los da, para rematar el legado.

Los y las Mecenas lo banquetean como en esta semana en mesa de quinientos cubiertos, sin hacerle con ello más regalo que la fatiga; al despedirlo en los malecones de todas partes, le encargan que vuelva sabiendo muy bien lo que significa que esta cáscara de carne sufra de nuevo cabina de barco; y cuando llega allá, a la casa con árboles y tapices de paja de Sankenitán, supongo que los pedagogos subalternos, pasadas unas semanas, le llevan los libros de la fundación y le empujan con la cifra manca a que rueda el mundo por la décima vez.

Tagore se ha puesto a dibujar y a pintar. Tal vez como buen oriental, él habrá dibujado siempre; pero el hecho es que ahora dibuja para vender cuanto hace . . . porque los veinte libros de poemas no dan lo suficiente.

El snobismo de los señores, y especialmente de las señoras, paga con más gusto los juegos de Tagore en el cartón, puro capricho y casi antojo, que sus libros definitivos. La primera exposición la hizo en París y se encargó de la propaganda la Condesa de Noailles. El resultado fué excelente y Tagore ha venido a repetir la hazaña, ahora con mala suerte, en Estados Unidos.

Vuelvo a sentir con Tagore la misma pena que con Kahlil Gibrán. Ambos pintando engendros y larvas dudosas que les frecuentan cuando tienen el lápiz en la mano y que echan atrás los fantasmas divinos que les acuden gustosamente cuando toman el cuaderno de escribir.

El escultor se va dándonos con ello la señal de partida. Varias fieles se despiden de Tagore arrodillándose para besarle la mano. Él me da una bendición que uno de sus guardianes me explicará al salir como no sé qué saludo jerárquico, pero que yo guardo como la bendición de nuestros vie-

jos en el campo. Le devuelvo la despedida espontáneamente, con algo que no alcanzo a pensar . . . Me sobra la reverencia, pero mis rodillas son duras para arrodillarme, y le acaricio la cabeza, sintiéndole en la palma las canas lindas y ralas que ya le celebré.

*Gabriela Mistral*

## **Persiflage**

### **El sistema de Plotino**

— Colaboración directa —

Para don Gonzalo Chacón Trejos, a quien preocupan los más nobles asuntos del espíritu, con la advertencia de que no hay que descuidar los corporales.

Cuando llegó Plotino para sacarme a conocer más íntimamente que la noche anterior la gran ciudad, ya teníamos horas, el clavel moreno y yo, de estar levantados. La Sarah israelita a cuya casa nos hemos venido a hospedar nos hizo despertar temprano. En persona nos trajo oscuro brebaje árabe endulzado con miel, humeante de caliente, al lecho delicioso. Y mientras rompíamos el ayuno, habló largo la viejecita hebrea.

¡Pobre Sarah! Para ella Alejandría es ciudad judía, y sólo judía. Aquí aún tiene hermosa casa. Para las vigas su marido, opulento mercader, trajo del Líbano oloroso cedro. Doncellas egipcias, de manos hábiles con la rueca, con el huso, con la aguja, le hicieron las sábanas de lino, de eterna frescura y de blancor aseado. La vajilla de Sarah es persa, de hierro pulido con incrustaciones de oro y esmaltes de colores arreglados en formas de pájaros extraños y de flores imposibles. Sarah fue esposa de hombre de valía. Pero al romano Caracalla, cuando en el 215 estuvo en Alejandría, le enfureció un decir, acerca de su libidinosidad bestial, que corría por la ciudad, y, peor que el Herodes aborrecido por los cristianos, ordenó el degüello de los varones todos que había en Alejandría. Así perdió Sarah a su marido y a sus dos hijos. Perdió también el negocio del esposo. Romanos se apoderaron de las naves del mercader, y de sus almacenes. Le quedó a la viuda sólo la casa en que vivía, donde se dedicó a recibir huéspedes forasteros.

Con el café fragante la viejecita contadora de historias tristes nos trajo tortas de una harina de maíz traído de Britannia. “¿Y por qué se trae a Egipto grano de tan lejos”, pregunté, “cuando aquí podéis producir todo el grano del mundo?” “Resulta más barato. No sé por qué”, replicó la viejecilla. Hubiera yo querido proseguir con ella esta conversación, que comenzaba a interesarme, cuando llegó mi guía.

La Sarah dijo que si el discípulo de Ammonio, amigo de ella, quería, le sería grato hacerle copa fresca de café y dorarle al fuego una torta de maíz. Plotino explicó que en la mañana no comía nada nunca. En Licópolis había sido tragón, a consecuencia de lo cual le aquejaba una especie de reumatismo que se le intensificaba si comía.

“Entonces, querido amigo,” le dije, “me acompañarás al baño”.

“¿Bañarte? Para qué?” me preguntó Plotino.

El clavel moreno iba en ese instante, abrazada de la Sarah, al baño del gineceo. Yo la señalé con ojo risueño y con una mueca de sabrosura en los labios. “Para quitarme el olor de ella, que en su olor tengo empapado todo el cuerpo”, respondí.

“Yo”, dijo Plotino, tengo ya tiempo de no bañarme. “La carne, forastero, es despreciable”.

Pero me acompañó al baño, y mientras una esclavita siria, de brazos demasiado débiles para frotarme con fuerza, me untaba y desuntaba, jadeante ella, Plotino me fue explicando una filosofía peregrina cuyo único defecto estriba en que precisa tener mucha fe para creer en sus premisas.

Según Plotino, el alma humana es de elevado origen, del que se ha apartado y al que conviene que regrese. “¿No has a veces sentido”, —me preguntó,— “que tu alma anhela alcanzar algo más allá de las cosas sensibles; más allá hasta de las ideas?” Yo le confesé que sí, porque al oírle me pareció que algo semejante a lo que decía había alguna vez sentido yo. “Siendo ello cierto, y ten la seguridad de que así es”, —me dijo,— “sigue de ello que lo más elevado,—a lo que el alma aspira,—necesariamente ha de ser algo supraracional”. Y continuó, con su pronunciación griega a veces incorrecta, pero con palabra siempre fluida, siempre clara, a veces bellísima, a delinear su interesantísimo sistema.

El sistema de Plotino cae bajo tres encabezados: Primero considera el Ser Primievo; luego, el mundo ideal y el alma; y, finalmente, el mundo mutable, el del dolor, el de los cambios, el de la muerte. O bien podemos dividir el sistema en dos partes: La primera, que abarca lo concerniente al mundo invisible y a la que corresponden tres subdivisiones, a saber el Ser Primievo, el mundo ideal, y el alma; y la segunda, que concierne al mundo fenomenal.

El Ser Primievo de Plotino es, en oposición a lo múltiple, Uno; en oposición a lo finito, Infinito. Él es origen de toda vida, y, por consiguiente, causalidad absoluta y la única existencia real. Además, es el Bien, por cuanto no hay cosa finita que no

tenga puesta en Él su meta, y no fluya hacia Él. Mas no hay que atribuirle al Ser Original atributos morales, pues ello implicaría limitación, y es ilimitado. Atributos de ninguna especie tiene; ni magnitud, ni vida, ni pensamiento. En estricta propiedad, no podemos ni siquiera decir que existe, pues es "por sobre toda existencia" como "por sobre la bondad". También es fuerza activa sin *substratum*. En cuanto es fuerza activa, el Ser Primievo perpetuamente produce algo, sin que nada en Él se altere, ni nueva, ni disminuya. Esta producción no es fenómeno físico sino que emisión de fuerza, y puesto que lo producido tiene existencia real sólo en virtud de la existencia original que obra en él, de ahí que la doctrina que me explicó Plotino sea una especie de panteísmo dinámico.

Directa o indirectamente todo nace de lo Uno, y en lo Uno todas las cosas, por cuanto tienen ser, son divinas, y Dios es todo en todo. La existencia derivada, sin embargo no podía ser igual al Ser original, sino que está sujeta a una ley de disminución. Es, en efecto, imagen y reflejo del Ser Primievo, pero en proporción a la prolongación de sus proyecciones sucesivas, se mengua su parte de existencia verdade-

ra. La totalidad de ser puede concebirse, así como una serie de círculos concéntricos que se hacen más y más vagos a medida que se acercan al borde externo, que es el no ser, siendo cantidad evanescente la fuerza del Ser Original en el círculo más apartado del centro. Cada círculo, de fuera para adentro, está ligado con el que sigue y de él recibe su parte de realidad. Toda existencia derivada, al mismo tiempo, tiene una recóndita urgencia de volver hacia el centro original, urgencia que es tanto más fuerte según la elevación de su naturaleza.

El Ser Original primero echa de sí el *Nous*, que es su perfecta imagen y el arquetipo de toda cosa que existe. A la vez es ser y pensamiento el *Nous*; mundo ideal e idea. En cuanto imagen, el *Nous* corresponde perfectamente al Ser Primievo; pero en cuanto su existencia es derivada, el *Nous* es cosa enteramente distinta. El *Nous* es la esfera más elevada accesible a la mentalidad humana, y, al mismo tiempo, es pensamiento puro.

Movimiento ninguno perturba la serenidad del *Nous*, de cuya entraña sin embargo nace el Alma, cosa que, como el *Nous* de quien procede, es inmaterial. Su relación con el *Nous* es igual a la relación entre el *Nous* y lo Uno. Más acá del Alma está el mundo fenomenal, y así el *Nous* la ilumina y empapa, pero el mundo también está en contacto con ella. El *Nous* es indivisible, pero el Alma no. El Alma puede permanecer en el *Nous* y conservar su unidad íntegra, pero al mismo tiempo puede también unirse al mundo corpóreo y así desintegrarse. Como Alma única, Alma Universal, pertenece en esencia y destino al mundo inteligible; pero también abarca innumerables almas individuales, y éstas pueden someterse al *Nous* y dejarse regir por él, o apartarse del *Nous* hacia las cosas sensuales y así perderse en lo finito.

Del Alma, esencia movediza, procede el mundo corpóreo o fenomenal, y este mundo debiera de tal modo estar empapado de Alma en todas sus partes que en ellas reinase la armonía.

"No soy dualista, como son los gnósticos cristianos", me dice Plotino. "Admiro la belleza y el esplendor del mundo. Creo que

mientras el Alma gobierne al Cuerpo, y la idea domine a la materia, el mundo es bello y bueno: imagen, aunque vaga, reflejo aunque desvanecido, del mundo superior; y los grados que hay en él de *mejor* y de *peor* están en consonancia con la armonía del todo".

Yo me quedé pensando en este monista a quien no le gustaba el baño. "¿Hallas de veras belleza y esplendor en el mundo?" le pregunté.

"Sí hallo!" contestó con viveza encantadora. "Sucede que en esto que llamamos mundo, el mundo actual, en el que estamos conversando, en vez de unidad y de armonía lo que hay es lucha y discordia, y por consiguiente un devenir constante y un perenne desvanecerse todo. Y la causa de esto es que los cuerpos descansan en un *substratum* de materia. La materia es base fundamental de cada quien: principio oscuro, indeterminado, carente de cualidades. Falto de forma y de idea, la materia es mala; mas, cuando es capaz de forma, algo se redime y entonces es neutral".

Yo me acordaba de la materialidad del clavel moreno. Yo amo cuanto en el clavel moreno es materia, pero comprendí al instante que más bien ello era por cuanto esa materia había asumido determinada forma. Díjeselo a Plotino, o quizás él lo haya adivinado. El caso es que,—

"Las almas humanas",—dijo—"que han descendido a esta corporalidad, son aquellas que se han dejado llevar por la tentación del sensualismo y a quienes la lujuria ha vencido. Esas buscan cómo separar su existencia de la existencia verdadera, y en su lucha por independizarse, asumen una existencia falsa. Vuélvete del sendero que llevas, oh Persiles; puesto que aún no has perdido tu libertad, la conversión te es aún posible".

La esclavita siria me ayudaba a prenderme la túnica. Yo me sentía bañado en alma y cuerpo. "Vamos",—le dije a Plotino,—"que quiero ver si por la forma de Alejandría le puedo adivinar el alma". Y como el clavel aún no terminara de bañarse, sin despedirme de ella salí a recorrer la ciudad.

Persiles

Heredia, setiembre de 1931.



LA SASTRERIA

**LA COLOMBIANA**

**Fco. GOMEZ Z.**

Avisa a su clientela que se trasladó al local frente al Siglo Nuevo, contiguo a la Iglesia del Carmen.

Gran surtido de los mejores casimires ingleses.

Teléfono 3238.

QUIEN HABLA DE LA

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO  
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

**FABRICA:**

**CERVEZAS**

ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

**REFRESCOS**

KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

**SIROPES**

GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

**SAN JOSÉ — COSTA RICA**

# Poemas de Gabriela Mistral

=Envío de la autora, en estos días con nosotros.=

## La fuga

Madre mía, en el sueño  
ando, por paisajes cardenosos.  
Un monte negro que se contornea  
siempre para alcanzar otro y el otro,  
y tú estás en aquel monte que sigue  
y siempre existe otro monte redondo  
que circundar para pagarle el paso  
al monte de tu gozo y de mi gozo.

Pero a veces tú misma vas haciendo  
el camino de engaños y de expolio.  
Vamos las dos sintiéndonos, sabiéndonos;  
mas no podemos vernos en los ojos,  
y no podemos trocarnos palabra,  
como Orfeo y Euridice en nosotros,  
las dos cumpliendo un voto o un castigo,  
las dos con mudos corazones rotos.

Pero a veces no vas al lado mío:  
te llevo adentro en un peso angustioso  
y amoroso a la vez; te llevo como  
hijo galeoto a padre galeoto,  
y hay que enhebrar los cerros repetidos  
sin decir el secreto doloroso,  
que yo te llevo hurtada a dioses crueles  
y que vamos al dios que es de nosotras.

Y nunca estamos, nunca nos quedamos  
como dicen que quedan los gloriosos:  
delante de su Dios en dos anillos  
de luz o en dos medallones absortos  
ensartadas en un rayo de gloria  
o acostadas en un cauce de oro.

O te busco y no sabes que te busco,  
o vas conmigo y no te veo el rostro,  
o vas en mí, y en convenio terrible,  
sin dar caricia ni aceptarme diálogo,  
siempre por el rosario de los cerros  
que cobran sangre por entregar gozo  
y hacen danzar en torno a cada uno  
hasta el momento de la sien ardiendo  
del cascabel de la vieja demencia,  
o de la trampa en el vórtice rojo.

## Nocturno III

Te olvidaste del rostro que hiciste  
en un valle a una oscura mujer;  
olvidaste entre todas tus formas  
sus facciones de ansia y de sed;  
cabras vivas, vicuñas doradas  
te cubrieron la triste y la fiel.

Te han tapado mi cara rendida  
las criaturas que te hacen tropel;  
te han tapado mis hombros las dunas  
y mi frente algarrobo y maitén.  
Cuantas cosas gloriosas hiciste  
te han cubierto a la pobre mujer.

Como Tú me pusiste en la boca  
la canción por la sola merced;  
como Tú me enseñaste este modo  
de estirarte mi esponja con hiel,  
yo me pongo a cantar tus olvidos  
por hacerte la cara volver.

Yo te digo que me has olvidado:  
pan de tierra que es insipidez,  
leña triste que sobra en los haces,  
pez sombrío que afrenta la red.  
Yo te digo con otro que hay tiempo  
de sembrar como el de recoger. (1)

No te cobro la inmensa promesa  
de tu cielo en niveles de mies;

(1) Salomón.



no te digo apetitos de arcángeles  
ni potencias que me hagan arder;  
no te busco los prados de música  
donde a tristes pusiste a pacer.

Tanto tiempo ha que masco tinieblas  
que la dicha no sé reaprender;  
tanto tiempo que piso las lavas  
que olvidaron vellones los pies;  
tantos años que muerdo el desierto  
que mi patria se llama la sed.

La oración ya se me ha ennegrecido  
hierro oscuro que fué brillantez;  
la oración de colinas divinas  
se ha raído en la gran aridez,  
y ahora tengo en la mano una nueva  
la más seca ofrecida a mi Rey.

Dame Tú el acabar de la encina  
en fogón que no deje la hez;  
dame Tú el acabar del celaje  
que su sol hizo y quiso perder;  
dame el fin de la pobre medusa,  
que en la arena consume su bien.

He aprendido un amor que es terrible  
y que corta mi gozo a cercén;  
he aprendido el amor de la nada  
apetito de nunca volver,  
voluntad de quedar con la tierra  
mano a mano y mudez con mudez,  
despojada de mi propio Padre,  
rebanada de Jerusalem.

New York, nov. 1930.

## Nocturno IV

Yo no he sido tu Pablo absoluto  
que creyó para nunca descreer,  
una brasa violenta cosida  
de la frente con rayo a los pies.  
Yo le quise, le quise el destino,  
pero yo no lo pude tener.

Brasa breve he llevado en la mano,  
llama corta ha lamido mi piel.  
Viento tuyo no vino a ayudarla  
y blanquea antes de perecer.

Yo no he sido tu Santo Francisco (1)  
con su cuerpo en un arco de amén,  
sostenido entre el cielo y la tierra  
cual la cresta del amanecer,

(1) Francisco de Asís.

escalera de limo por donde  
ciervo y tórtola oíste otra vez.

Esta tierra de muchas criaturas  
me ha llamado y me quiso tener;  
me tomó cual la madre a su entraña  
me le dí por mujer y por fiel.  
Ella bien me ha mecido en sus pechos  
para bien macerarme después.

Yo no he sido tu fuerte Vicente,  
confesor de galera soez,  
besador de la carne perdida  
con su llanto siguiéndole en grey,  
aunque le amo más fuerte que mi alma  
y en su pecho he tenido sostén.

Mis sentidos perversos no curan  
una llaga sin se estremecer;  
mi pie'ad ha volteado la cara  
cuando Lázaro ya es fetidez  
y mis manos vendaron tanteando,  
incapaces de amar cuando ven.

Y ni sé ser el otro Francisco (1)  
con el rostro en el atardecer,  
tan sereno de haber escuchado  
todo mal con su oreja de Abel,  
corazón desde aquí columpiado  
en los coros de Melquisedec.

Yo nací de una carne tajada  
en el seco riñón de Israel,  
macabea que da Macabeos,  
miel de avispa que pasa a hidromiel  
que há cantado cosiendo sus cerros  
por cogerte en el grito los pies.

Caridad no mayor que una rosa  
me ha costado jadeo tener.  
Mi perdón es sombría jornada  
en que miro diez soles caer;  
mi esperanza es muñón de mí misma  
que volteo y que ya es rigidez.

Te levanto mi canto vencido  
con vergüenza de hacer descender  
tu semblante a este campo de muerte  
y tu mano a mi gran desnudez.  
Tú que losa de tumba rompiste  
como el brote que rompe su nuez,  
ten piedad del que no resucita  
ya contigo y se va a deshacer  
con las cosas que a Cristo no tienen  
y de Cristo no baña la ley.

(Cielos morados, avergonzados  
de mi derrota;  
Capitán vivo y envilecido  
de mi derrota.

Nuca pisada, ceño pisado  
de mi derrota;  
Cuerno enlodado de ciervo noble  
de mi derrota.)

New York, nov. 1930.

## Viejo león

Tus cabellos ya son  
blancos también,  
miedo la dura voz,  
la boca «amén».

Tarde se averiguó,  
tarde se ven,  
ojos sin resplandor,  
sorda la sien.

Tanto se padeció  
para aprender  
apagado el fogón,  
rancia la miel.

(1) Francisco de Sales.

Mucho amor y dolor  
para saber  
canoso a mi león,  
viejos sus pies.

### Visión del Paraíso

Lámina tendida de oro.  
y en el dorado aplanamiento  
dos cuerpos como ovillos de oro.

Un cuerpo glorioso que oye  
y un cuerpo glorioso que habla  
en el prado en que no habla nada.

Un aliento que va al aliento  
y una cara que tiembla de él,  
en un prado en que nada tiembla.

Acordarse del triste tiempo  
en que los dos tenían tiempo  
y de él vivían afligidos.

En la hora de clavo de oro  
en que el tiempo quedó al umbral  
como los perros vagabundos.

#### Versos de niños:

### El papagayo

A María Rosa Gili

El papagayo verde y amarillo,  
el papagayo verde y azafrán  
me ha dicho fea con su habla gangosa  
y con su pico que hizo Satanás.

Yo no soy fea, que si fuese fea  
fea es mi madre parecida al sol,  
fea la luz en que mira mi madre  
y feo el viento en que pone su voz,  
y fea el agua en que cae su cuerpo  
y feo el mundo y El que lo creó.

El papagayo verde y amarillo  
el papagayo verde y tornasol  
me dijo fea porque no ha comido  
y el pan con vino se lo llevo yo,  
y porque ya me canso de mirarlo  
siempre colgado y siempre tornasol.

### La pajita

A Juan Onís.

Esta que era una niña de cera;  
pero no era una niña de cera  
era una gavilla parada en la era.  
Pero no era una gavilla  
sino la flor tiesa de la maravilla.  
Tampoco era la flor sino que era  
un rayito de sol pegado a la vidriera.  
No era un rayito de sol siquiera:  
una pajita dentro de mis ojitos era.

Acérquense a mirar como he perdido entera.  
en este lagrimón mi fiesta verdadera.

### Madre Granada

A Glorieta Calvo.

Contaré una historia en mayólica  
rojo-púrpura y rojo encarnado;  
en mayólica mía la historia  
de Madre Granada.

Madre Granada estaba vieja,  
requemada como un panecillo,  
mas la consolaba su real corona  
larga codicia del membrillo.

Su abundante casa la tiene partida  
con delgadas lacas  
en salas en que andan los hijos  
vestidos de rojo escarlata.

Por pasión de rojeces les puso  
la misma casulla encarnada.  
Ni nombre les dió ni los ha contado  
para no cansarse, la Madre Granada.

Dejó abierta su puerta  
la Congestionada;  
abrió el puño ceñido  
de sostener las mansiones, cansada.

Y se han ido los hijos  
de la Empurpurada.  
Amaneció como casa vacía  
la Madre Granada.

Iban como las hormigas  
estirando el rojo ovillo,  
iguales, iguales, iguales,  
río escarlata de monaguillos.

A la Catedral solemne llegaron,  
se abrieron las puertas herradas:  
subieron como langostines  
los hijos de Madre Granada.

Un Cardenal rojo decía el oficio,  
con la espalda vuelta como un armadillo,  
a una vez se inclinaba contrito  
el millón de los monaguillos.

Los miraban los treinta vitrales  
desde lo alto con viva mirada,  
como treinta faisanes de roja  
pechuga asombrada.

En la Catedral eran tantas las naves  
como cámaras en la Granada,  
y los monaguillos iban y venían  
en olas y olas encontradas.

Las campanas se echaron a vuelo,  
despertaron todo el vallecillo,  
sonaban en rojo y granate  
como cuando se quema el castillo.

Al escándalo de las campanas  
saliendo fueron en desbandada.  
En marejada pasaron la puerta  
los del millón de Madre Granada.

La ciudad se levanta tarde;  
la ciudad no ha sabido nada.

Van los hijos dejando las calles,  
entran al campo a risotadas.

Llegan a su tronco, suben en silencio,  
entran al estuche de Madre Granada  
tan callados que ella ni se mueve;  
todos entran como agua callada.

Madre Granada despertose llena  
con su millón rojo y sencillo.  
Se balanceó para hallarse segura,  
pulseó su pesado bolsillo.

Y como iba contando y contando  
de incredulidad, la Madre Granada,  
estallaron en risa sus hijos  
y ella se partió de la carcajada.

La Granada partida en el huerto  
era toda una fiesta encarnada.  
La cortamos guardando sus fueros  
a la Coronada.

Se sentó sobre el plato más blanco  
lo asustó con rojez insensata.  
Me ha contado su historia que pongo  
en rojo-escarlata.

1929.

### La manca

Que mi dedito lo cogió una almeja  
y que la almeja se cayó en la arena  
y que la arena se la tragó el mar.  
Y que del mar la pescó un ballenero  
y el ballenero llegó a Gibraltar;  
y que en Gibraltar cantan pescadores:  
—«Novedad de tierra sacamos del mar  
novedad de un dedito de niña!  
La que esté manca lo venga a buscar!»

Que me den un barco para ir a traerlo  
y para el barco me den capitán  
para el capitán que me den soldada  
y que él por soldada pide la ciudad,  
Marsella con plazas y trenes y calles,  
de todo el mundo la mejor ciudad  
que no será hermosa con una niñita  
a la que robó su dedito el mar  
y a que balleneros en pregones cantan  
y están esperando sobre Gibraltar.

### Estampas...

(Viene de la página 152)

Explotado por dos fuerzas igualmente feroces: la del nativo poderoso y la del Imperio Británico. ¿Quién sabe si ofrezca el mundo un ejemplo tan conmovedor como este de la miseria y de la explotación en la India! El escritor inglés H. N. Brailsford, acaba de visitar gran parte de esa nación y cuenta cómo es de penosa la existencia allí. Nos estremecemos leyendo esa narración y sentimos que una conmoción social como la de Rusia debe alborear para la India. ¿Será Gandhi el precursor de ella? Esperemos, porque él vive en medio del tormento de su pueblo. Terrible y desesperado tormento que clama su fin estruendoso. El campesino indio encuentra por todos lados un aro de hierro que se estrecha y le exprime la vida. El latifundista es la esponja que chupa los rendimientos de la tierra. Quienes la cultivan, la alquilan a alto precio y para pagar el tributo dan la cosecha. ¿Y cuántos esfuerzos y sacrificios ha costado el trigo que el terrateniente poderoso recibe

en sus graneros! Para hacer producir la tierra tuvo el campesino que regarla sacando de pozos profundos el agua por medio de bueyes. Después la espiga se recogió una a una y así se desgranó. Al final ve el campesino irse todo el producto a las arcas del señor feudal. La máxima corriente es que el grano vale más cuando un *bania* (prestamista indio) dá que cuando recibe. Y si el que aventura su actividad en el cultivo de la tierra nada gana, el que trabaja, el peón no está en mejores condiciones. ¿Cuatro y diez centavos oro por una jornada de diez horas sin obtener siquiera los minutos para tragarse el mendrugo! Las deudas, ¿cómo son de atroces las deudas para el campesino indio! El niño nace y ya le espera una cadena de deudas que lo azota y lo deja en el sepulcro, anciano o joven, pero esclavo del prestamista. ¿Por qué es tan duro el prestamista indio? Brailsford comprobó que el tipo corriente de interés es el treinta y siete y medio por ciento.

Nosotros también conocimos aquí un prestamista indio que daba su dinero al veinte por ciento. La sepultura se lo tragó ya. El terrateniente no tolera ciertos cultivos, haciendo mucho más miserable la vida. El campesino recoge la boñiga seca y quemándola tiene fuego para hacer sus alimentos. Hay sin embargo un árbol—el babul—de crecimiento rápido que podría dar leña en abundancia. Pero el terrateniente impone su capricho infame y el indio ahuma en humo pestilente el bocado que la pobreza le repara. Y los monopolios. Infames explotaciones del Imperio. Y los impuestos. Exacciones inhumanas de ese Imperio anacrónico. La garra imperialista hundida en el suelo de la India por siglos no ha hecho más que explotar y debilitar. El analfabetismo cunde por todas las regiones. Los niños y los adultos son devorados por el hambre y por las enfermedades. El Imperio no tiene para procurar leche a los cuerpillos macilentos, ni para ofrecer el médico y la medicina. Obra tremenda la de los Imperios.

Gandhi ha salido de ese mundo de ruina. Cuando registra su nombre como pasajero de cubierta en el barco que guarda, en camarotes que cobran una fortuna, a príncipes de su raza, no hace sino decir al mundo que su pueblo sufre. Él mismo es corazón de ese pueblo oprimido. En torno a la Tabla Redonda los indios aliados del Imperio acatarán complacidos las órdenes que el amo dé. Gandhi, que no va a pactar la entrega de su pueblo, desentona, aparecerá lleno de estridencias. Ha dado su vida a la aspiración de libertad de su raza. Lucha contra dos fuerzas satánicas como son la del Imperio y la de los potentados. La Tabla Redonda lo oírá pedir que cese la explotación de las masas hambreadas dándoles, a la par que libertad política, libertad económica efectiva. Lo oírá sentar principios fundamentales para la grandeza y bienestar de la India, tales como creación de la educación primaria libre, control por el Estado de la usura, libertad para fabricar sal libre de impuestos, legislación protectora de las mujeres y niños obreros, reforma agraria radical. Principios fundamentales para la India. Cuando ya casi no queda pueblo que no disfrute de tales derechos, uno de los más grandes del mundo los reclama como base de su libertad.—¿Qué ha sido entonces de tanta civilización regada durante siglos por el Imperio? Gandhi pedirá, pero ¿dará el Imperio? Recordemos que el Imperio está formado por Inglaterra y por los nativos potentados y descastados. La Tabla Redonda no podrá entonces conceder lo que Gandhi pedirá. ¿Cuál solución tendrán los grandes problemas de carácter social que la India explotada tiene planteados al Imperio? La acusación de Brailsford contra el imperialismo de su nación termina con esta exclamación profética: "Volví de esas aldeas reflexionando en que en las mentes de sus campesinos se agitan los mismos pensamientos que en

1905, con poca consecuencia, y en 1918 con un impulso irresistible, pusieron en pie de guerra a los mujics de Rusia para barrer a sus terratenientes lanzándolos por el largo camino del exilio".

Desembarca Gandhi en Londres con sus

*Juan del Camino*

Limón y setiembre del 31.

## A propósito de Bolívar...

(Viene de la página 151.)

La grandeza de Bolívar consiste en la propia intensidad de sus sufrimientos. Los que creen haber sentido grandes dolores en la vida, podrían confortarse en el ejemplo que les da Bolívar. El amor a los ideales es superior a todos los amores; por ellos el hombre deja hogar, familia, honores y riquezas. Como lógica consecuencia, sentir la ingratitud y el odio de quienes amamos, la inconsciencia o la estupidez de los pueblos a quienes se quiso redimir al precio de grandes sacrificios, es el colmo del dolor. "Colombianos, exclamó al final de su vida, mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado: la reputación de mi amor a la libertad".

La grandeza de Bolívar está exaltada por la miopía de los pueblos que libertó. La historia informa que ni Páez, ni Santander, ni Flores, ni la mayoría de sus generales, a excepción de Sucre, se dieron cuenta de los ideales colectivos, presentes y futuros del Libertador.

No es efectivamente muy honroso para nuestra raza el premio que Bolívar tuvo en vida por sus heroicos sacrificios. Bolívar superior en esto también a Washington, dejó a su paso un semillero de hombres libres y naciones independientes, en tanto que Washington se contentó con la independencia de su pueblo faltándole arrestos para abolir la esclavitud. Pero Washington vivió y murió en medio de la gratitud y el respeto de sus conciudadanos. Fué, es y será "el primer en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos".

En resumen: Bolívar es el gigante de América. Bajo el peso de su grandeza, los Andes doblaron su ingente lomo como un dromedario. Es un exponente de su raza con todos sus vicios y sus virtudes. En él se reúnen Washington y Lincoln, el hombre de la independencia nacional y el de la libertad del ciudadano.

Es un genio múltiple, un diamante de mil facetas: un aristócrata en Madrid, un rebelde en el Vaticano, un tenorio en París. Escribe cartas desde Jamaica como un catedrático, dicta en La Angostura una constitución como un legislador; dá consejos a su sobrino como un pedagogo y lanza una proclama como Napoleón.

En el combate es un espadachín, un Brummell en los salones, un tigre en las batallas, un místico ante el altar. En Boyacá es una trompeta heráldica, una tempestad en Carabobo, una hoz en Junín, un centauro en Ayacucho.

dos cabritas lecheras y el torno de hilar, mientras su pueblo espera la liberación como obra de justicia. ¿Será este viaje conmovedor de Gandhi la última etapa de una lucha redentora contra las fuerzas del imperialismo británico?

Es todo un carácter. En el fragor del combate quita la silla a su potro para demostrar su resolución de vencer o morir. Ama al ejército en la guerra y al hombre civil en el Gobierno. Es bravo y generoso. En Ayacucho lo mismo carga a la cabeza de la caballería, que se quita su corona para darla a Sucre.

En el Monte Sacro es un inspirado, una cumbre en el Chimborazo y un torrente de elocuencia sobre el Potosí. Es un aerolito de polvo cósmico. Un sol esplendente ante un grupo de pueblos ciegos. De haber vivido en la antigüedad, habría tenido como Aquiles, un Homero y una Ilíada, o como Jano, una estatua de doble cara: una para recordar el pasado, otra para leer el porvenir.

Como Jesús cabalga en una mula, como don Quijote es caballero en su corcel. Tenía como Guzmán el Bueno el sentido del honor heroico, y, como César sintió sobre su pecho el puñal de sus propios hijos.

Fué un mártir y un santo.

Su gran amor fué para América, su gran culto la República, su gran ideal la Confraternidad Americana.

Pero por todo lo que fué, a Bolívar no se le agrada con ditirambos ni bronces ni banquetes en su honor, en tanto que la dictadura mande, la tierra sea conquistada, y la democracia se embrutezca en el vicio y la holgazanería. Él no quiere al ciudadano perseguido, ni al soldado rectificando a tiros de cañón las cercas del solar hispánico, llamado por él a ser uno; ni quiere el poder en manos de los más audaces sino de ciudadanos virtuosos, ni a la democracia vociferando de cosas que no entiende a falta de hábitos para el trabajo y el estudio.

Él quiere que la América sea dueña y señora de sus propios destinos sin intervención extraña, ni las premuras e impaciencias de otros pueblos por copiar una civilización que no ha de ser la suya. Él quiere íntegro para América el patrimonio material y espiritual que le tocó en suerte en el reparto del mundo; y este mandato del Libertador, por no estar cumplido, le toca a la juventud realizarlo.

Si Bolívar volviera a vivir, requeriría al punto su gloriosa tizona; haría sonar de nuevo los clarines heráldicos del Orinoco, y con lo más brillante de la juventud americana, tras el penacho de sus ideales, comenzaría de nuevo las épicas jornadas por la emancipación de América.

*Manuel Sáenz Cordero*

San José, Dic. 20 de 1930.

# Descubierta la jugada de políticos y capitalistas contra Cuba

—Envío del autor—

¿No han olvidado los lectores nuestro último artículo publicado en estas páginas: *La República de Cuba, en venta?* (1)

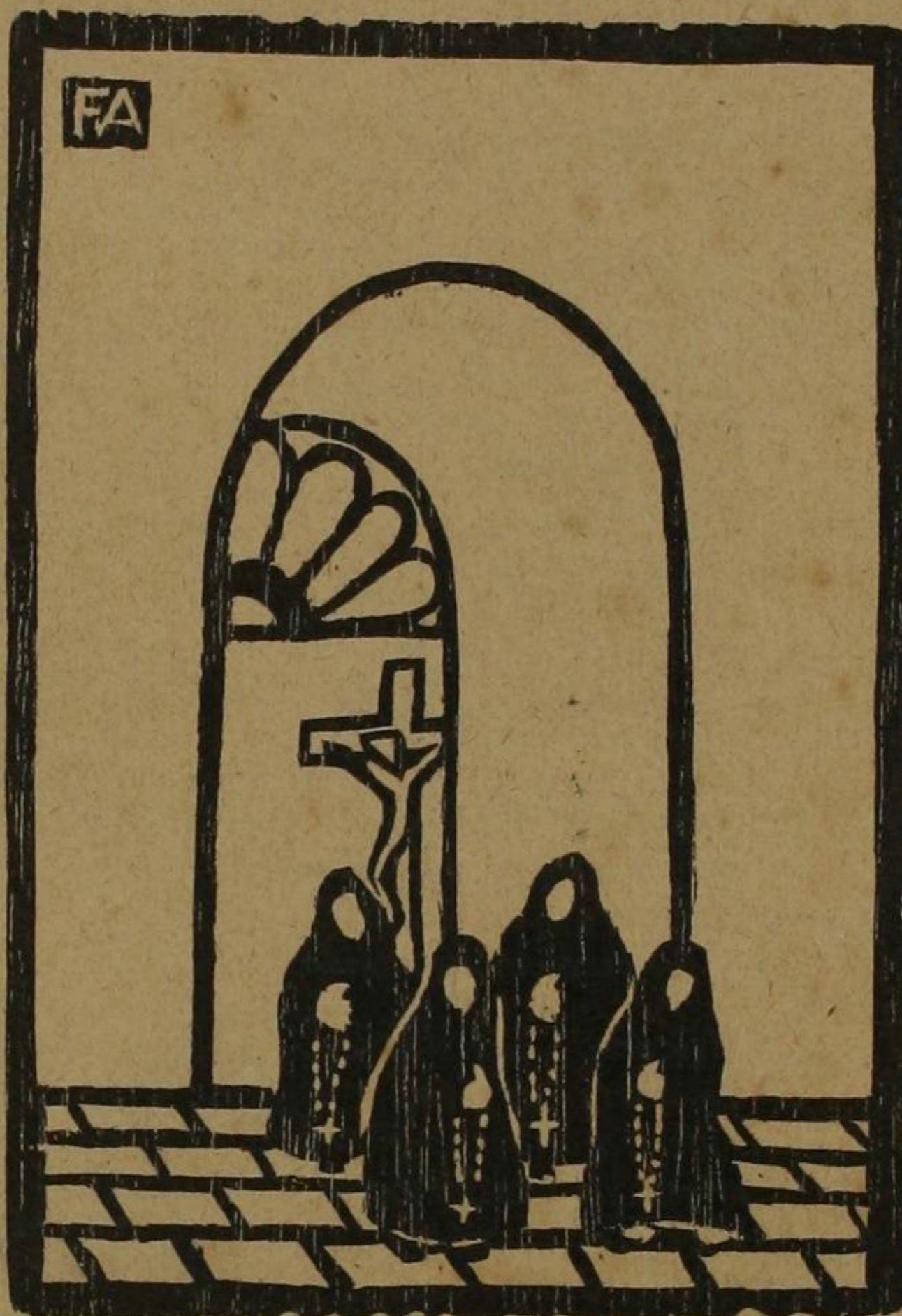
En él alzamos la voz denunciando y combatiendo un siniestro plan que contra la República cubana tramaban varios prominentes hombres de negocios cubanos y americanos con inversiones en Cuba, a fin de provocar una intervención financiera yanqui, que prescindiendo de la crisis política cubana, protegiera y salvara los intereses extranjeros afectados, realizado todo ello de acuerdo, con la complicidad y en beneficio de los hombres que todavía detentan el poder y des gobiernan la República.

Pues esa celada financiera contra Cuba, que *The Evening Star*, de Washington, nos dió a conocer, ha encontrado ya plena confirmación, poniéndose al descubierto, por los propios interesados y protagonistas, los detalles del plan y los propósitos perseguidos.

Puestos ya sobre la pista de la gran jugada, nos dedicamos a investigar las conexiones que con ese proyecto de Comisión financiera interventora podía tener el contrato celebrado por el Gobierno cubano con el experto financiero Mr. Edwin R. A. Seligman. Y, efectivamente, todo cuanto en la información de *The Evening Star* se anunciaba como indispensable para salvar las inversiones extranjeras en Cuba, había sido con anterioridad recomendado por Mr. Seligman.

En las *Cinco Conferencias* que éste pronunció en La Habana en febrero del año pasado y han sido ahora traducidas y publicadas por Jorge Roa, el profesor de la Universidad de Columbia, al analizar la crisis cubana, echa a un lado el problema político, no dándole importancia, y propiciando como necesidad para solucionar la situación económica: una intervención financiera mediante una comisión de expertos y la consolidación de la deuda.

Lo vamos a ver comprobado. En la primera conferencia, sobre *La obra de Alexander Hamilton*, que él presenta a los cubanos para que les sirva de ejemplo en los días actuales, dice: "Los cubanos, en una edad y en condiciones más felices, no tendrán que resolver tantos difíciles problemas como los que nosotros (los norteamericanos) confrontamos al constituirnos en nación. No tienen los cubanos hoy ninguna de aquellas confusiones que nacen de las luchas entre los gobiernos federales y los gobiernos de los Estados. *No puede preocuparles mucho la lucha entre la libertad y el gobierno.* Pero de un modo o de otro, tendrán los mismos problemas que Alexander Hamilton tuvo que resolver (los económico-industriales, agrícolas, fisca-



En Heredia

Madera de F. Amighetti.

## Provincia:

*construída de grandes  
bloques de silencio  
habitada por viejas medievales  
para quienes en las campanas suena dios  
salen de la iglesia—viñeta de piedra—  
y se riegan por toda la provincia  
hasta quedar una en cada cuadra  
tienen una ventana vecina al cielo  
rumorean sus oraciones  
junto a las moscas que zumban en las  
vidrieras  
como avispas  
junto a la hija que lee novelas proletarias  
y es morena  
como si estuviera siempre a la sombra*

F. A m i g h e t t i

les, etc.)" (pág. 43.). Estos son los que Mr. Seligman considera que exclusivamente deben interesar a los cubanos, y no los políticos, aunque tengan la real trascendencia que el mismo conferencista les dá al calificarlos de "lucha entre la libertad y el Gobierno", o sea, lucha contra el despotismo y por la justicia, que es la actual lucha cubana.

En la última conferencia, *El Problema Fiscal*, Mr. Seligman aconseja: "Lo que Cuba debe procurar es colocarse en línea con otros países del mundo, reduciendo, tanto como sea posible, sus impuestos molestos o perturbadores, sus impuestos indirectos y sus impuestos sobre el consumo.

Desde luego que no es posible esperar que tenga éxito la rápida introducción de un sistema de tributación sobre las ganancias y las herencias, porque estos impuestos han sido gradualmente adoptados en Inglaterra y los Estados Unidos. *Lo que sería necesario es que Cuba nombrase una Comisión para que estudie cuidadosamente las condiciones prácticas bajo las cuales algunos de estos nuevos tributos pudieran establecerse . . .*" (Pág. 113). ¿No es esa la misma comisión interventora de que hablaba *The Evening Star*?

En esa conferencia, Mr. Seligman, completando su estudio sobre los impuestos y necesidad de reducirlos en Cuba, analiza las dificultades que ello encontraría, porque "la mayoría de los impuestos sobre el consumo son inevitables, porque sirven de garantía a la Deuda Pública . . . y no sería posible abolirlos sin perjudicar al crédito público que es el principal activo de la nación"; pero Mr. Seligman trata de destruir esa dificultad, aconsejando a los cubanos que realicen lo que realizó Inglaterra en caso análogo: "*Consolidar la Deuda Pública*". ¿Cómo? "*No es enteramente imposible—agrega Mr. Seligman—que los cubanos también, después de un estudio cuidadoso y de investigar todo el problema, pudieran refundir su Deuda Nacional, y hacer como Inglaterra lo hizo, su consolidación, con lo cual la Deuda Nacional de Cuba, no pesando tanto sobre éste o el otro impuesto, sino sobre un sistema completo de tributación, daría a los cubanos libertad para cambiar los impuestos constituyentes del sistema en la forma que pareciera más conveniente*". (Pag. 120).

Esta identificación entre los puntos de vista sobre los problemas políticos y económicos cubanos, mantenidos por Mr. Seligman y los enunciados en la información de *The Evening Star*, descubriendo el plan de provocar una intervención financiera, que traman hombres de negocios yanquis unidos a otros cubanos y en complicidad con los actuales gobernantes y políticos, nos revelan que el verdadero papel de Mr. Seligman es el de avanzada para explorar y preparar el terreno a esa intervención financiera.

Por el lado cubano, el plan queda también comprobado y desenmascarado el doble propósito que con él se persigue: 1º—Salvar los intereses extranjeros en Cuba. 2º—Ayudar en lo posible al actual Gobierno inyectándole dinero, mediante la consolidación de la deuda, con lo que esperan los gobernantes sortear la crisis política.

Prueba al canto:

Las declaraciones hecha por el todavía Presidente en funciones a un grupo de congresistas camagüeyanos el día 17 de junio, publicadas en *El País* al día siguiente. "*La*

(1) Véase el No 4 del tomo en curso.

reforma es la salvación de mi gobierno", dijo el Presidente, refiriéndose al proyecto de reforma constitucional, y agregó "que toda su actuación tolerante en estos momentos frente a la intolerancia de la oposición, la estimaba beneficiosa a los intereses y al fin que persigue su gobierno". ¿Cuáles son éstos? "El Presidente en el curso de la conversación analizó la grave situación económica, pero a la vez se mostró optimista. Si se aprueba la reforma, si no se altera la paz, espera el jefe del Estado recibir para muy breve plazo una eficaz cooperación de elementos externos que nos ayuden a salvar nuestra riqueza, seriamente amenazada con el descenso que se viene observando en los sectores de la economía nacional".

¿Cuál es esa "eficaz cooperación de elementos externos"?

La consolidación de la deuda. El Representante a la Cámara doctor Gonzalo Freyre de Andrade reveló en el *Diario de la Marina* (junio 22) la sensacional noticia de que ya está redactado "en el bufete de un conocido congresista", el proyecto de consolidación de la deuda y la concertación de un nuevo empréstito, por el que se le inyectarán al actual Gobierno 87 millones de pesos para que él los destine, reparta y administre.

¿Ven claro los lectores la pérfida jugada y el siniestro plan de los hombres de negocios extranjeros y los actuales políticos y gobernantes, contra la República y el pueblo cubano?

Aquellos, que representan las mismas empresas capitalistas extranjeras explotadoras del país mediante monopolios de servicios públicos—luz, energía eléctrica, teléfonos, etc.;—los bancos que han salvado, mediante el plan Chadbourne sus inversiones azucareras, o que realizaron—el Chase—los desastrosos financiamientos del desastroso *Plan de Obras Públicas*,—horrible calamidad nacional—van a salvar ahora sus intereses y sus inversiones y a continuar explotando a la República. Y los actuales políticos y gobernantes—cómplices y socios de esos hombres de negocios y culpables, por su tolerancia y participación, de que exploten al país como en su tierra de origen no podrían hacerlo—tratan de realizar ahora su última jugada contra la República, a fin de continuar detentando al poder unos meses más, y hasta en el albur de arranque, realizan un último negocio. Para conseguirlo, necesitan demos-

## Mi tristeza

—Envío del autor—

*Agobio en el arroyo  
de mis desilusiones,  
tristeza mía  
asilo de mi eterno descontento.*

*Arcaico fetiche,  
niebla de mi esperanza.  
Alma de ídolo  
que va por el mundo:  
búsqueda eterna  
de la vida.*

*Una hechura de antaño  
que vive en el futuro;  
el presente  
es mi fruta prohibida.*

*Acaso soy como arte  
que ha venido a destiempo.  
¡Irseme de las manos  
lo que creo que he cogido!*

*Melancolía por siempre,  
desajuste perpétuo.  
Tristeza esta mía  
cristal de pensamientos,  
agobio en el arroyo  
de mis desilusiones.*

Max Jiménez

Setiembre, 1931.

trarle al capital yanqui que en Cuba hay paz. Y por ello, a la carrera, quieren aprobar unas amañadas reformas constitucionales. Y por ello, y para ello, han sido algo tolerantes con las críticas y las campañas oposicionistas. ¿Es la seguridad de recibir el auxilio económico yanqui, lo que há de-

cidido al Gobierno a poner de nuevo en práctica los procedimientos drásticos, la cárcel, el palo, las desapariciones, las persecuciones, la censura a la prensa?

¡Está descubierta la jugada! Pero, descubierta, no pasará, por que el pueblo no ha de permitir que se consuma ese siniestro plan, maquinación perversa, de los que sólo han buscado y buscan el detentar el poder a toda costa contra la República; no permitirá que esa aprovechada oligarquía de gobernantes y políticos siga explotando y atropellando al país en propio beneficio; no permitirá esa alianza funesta del capitalista explotador y el gobernante, su socio en la explotación; no permitirá que sigan los gobernantes tratando de engañarlo con una falsa, hipócrita y amañada reforma constitucional . . .

¡Está descubierta la jugada!

Es ya inútil, señores gobiernistas, continuar la farsa.

Ni reformas, ni planes económicos, puede aceptar el país de los autores y culpables de los males, desgracias, dificultades y crisis que padece Cuba.

Ya habéis detentado bastante el poder; ya habéis lucrado suficientemente con la República; ya habéis explotado y aniquilado con creces al pueblo.

De los actuales políticos y gobernantes, el pueblo cubano, en todas sus clases sociales, no acepta más que una cosa: la retirada.

Como claramente ha comprendido el Senador gobiernista Viriato Gutiérrez y declarado hace varias semanas al llegar a Nueva York, en viaje a Europa, lo que desea el pueblo es que los actuales gobernantes ¡se vayan!

¡Descubierta, el pueblo se encargará de que les falle ésta, su última jugada contra la República cubana!

Emilio Roig de Leuchsenring

**JOHN M. KEITH & Co., Inc.**  
SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

**Cajas Registradoras "National"**

The National Cash Register Co.

**Máquinas de Contabilidad "Burroughs"**

Burroughs Adding Machine Co.

**Máquinas de Escribir "Royal"**

Royal Typewriter Co., Inc.

**Muebles de Acero y Equipo para Oficinas**

Globe Wernicke Co.

**Implementos de Goma**

United States Rubber Co.

**Maquinaria en General**

James M. Montley, New York

**JOHN M. KEITH**

Socio Gerente

**RAMON RAMIREZ A.**

Socio Gerente

**DR. HERDOCIA**

Enfermedades de los ojos,  
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica